TEMAS SEXUALES



A. MARTIN DE LUCENAY

la vida sexual

UNA peseta

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

5

DR. A. MARTIN DE LUCENAY

LA VIDA SEXUAL

Higiene sexual.—Higiene psicológica.—Los fundamentos del amor y el odio. — Los celos.—La educación culpable.—Relaciones sexuales.—Las relaciones sexuales y los estados de la mujer.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
ENERO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA AUCASIBAR.-MARTIN DE LOS HEROS, 69.-MADRID

PROLOGO DEL TEMA

NO es posible que en el espacio de un solo volumen podamos recoger los infinitos aspectos y manifestaciones de la vida sexual de la Humanidad. Principalmente, el presente título y su contenido es una exposición sintética desde el punto de vista fisiológico de la práctica sexual, abarcándola en los principios fundamentales y sin detenernos demasiado en otras particularidades más que aquellas que hemos de estimar imprescindibles en la iniciación para que, partiendo de una base inteligente, cual es la de una perfecta técnica en la desfloración, hombre y mujer complementen los conocimientos necesarios que han de poseer para enfrentarse ventajosamente con los deleites de la existencia nueva.

Cuando la desfloración se ha realizado bien—y perdone el lector nuestra insistencia tan necesaria—, muy poco hay que temer en lo sucesivo. Pero no hay que olvidar que, entrados los cónyuges de lleno en el terreno de la vida sexual normal, el marido, sobre todo, ha de saber que su esposa, torpe, curiosa, tímida y fácilmente saciable, no puede parecerse en nada a las otras mujeres que conoció en sus días tan cercanos de soltero. Aquéllas, fingiéndole un deleite que no sentían en la inmensa mayoría de los casos, consiguieron deformar, en cierto punto, la orientación sexual del iniciado, creando en él una naturaleza completamente falsa. Su esposa, inexperta en tales lides, hará esfuerzos inauditos, sin salirse de su idiosincrasia, para complacerle; pero la pureza de sus recursos en nada se parece al impudor placentero de la hembra de alquiler.

Ella, por su parte, no puede ni pensar siquiera en que las artes de seducción que esgrimió en el celibato han tenido su punto final con el matrimonio, sino que, por el contrario, ahora es cuando precisa de enriquecerlas con ciertos refinamientos, con cierta elegancia inédita, con determinados recursos de atracción, imprescindible para atar no sólo a su alma, sino también a su carne al hombre que la ha desposado.

Desdichadamente, entre las mujeres de los pueblos meridionales donde la indolencia, la pereza y el abandono parecen ser un elemento que se adentra en la masa de la sangre, es creencia, equívoca y fatal, que ya ha conseguido todo con la bendición del cura que leyó la epístola o con la firma del juez que autorizó el enlace. Entonces, de aquellos días del noviazgo, en los que la muchacha, alegre, bella y fragante, exhalaba por todos los poros de su piel el perfume delicioso de su juventud y su amor, a los que empiezan a contarse desde la consumación del matrimonio, el marido no es raro que advierta bien pronto una honda diferencia. Ya no parecerá la misma. Y es que la nueva ética da lugar a otra nueva estética.

Tal vez la estética, la parte visible, lo externo, tenga a su cargo el rol esencialísimo de ser el todo en la unión sexual. En el curso de estas páginas es fácil que lleguemos a demostrar este hecho, que siempre se ha prestado a controversias de distinta índole. Y como punto fundamental de esa estética, aunque pueril parezca el decirlo, la higiene, la simplicísima higiene, que se limita al uso del jabón y el agua clara, es, sencillamente, el todo.

Si la educación sexual fuese otra—ya hablaremos de ello oportunamente—, una niña sabría desde el principio de la consciencia de sus actos, que la limpieza diaria de sus órganos genitales la era tan necesario como la satisfacción de cualquier necesidad primordial de la vida fisiológica. Por un falso prurito de pudor se silencia todo esto, y los resultados se tocan más tarde cuando el remedio es difícil o no existe.

Un marido, por poco delicado que sea, y sin necesidad de incluirle en el índice de los "grandes olfativos", se apercibe bien pronto de que la falta de aseo de su mujer empieza a establecer una misteriosa barrera para la manifestación de sus deseos. Aquí se inicia un alejamiento, que ella, más sagaz siempre, advierte y no se explica. El, por su parte, no se atreve a exponer claramente sus creencias a este respecto, más que nada, por un principio de pudor o por miedo a inferir una ofensa en su cónyuge.

Entonces, pasados los primeros días de ardor sexual, el hombre recuerda a aquellas mujeres que le iniciaron, profesionales del amor, que para serlo necesitaban imprescindiblemente de la higiene íntima más exagerada, lo mismo que una modista, por ejemplo, precisa de la aguja como elemento insustituible de trabajo. El arma más poderosa de la mujer galante es la higiene.

Y cuando el marido se aleja por estas causas, no vuelve tan fácilmente. Entonces la mujer piensa en todo menos en el verdadero origen de ese alejamiento. Y surgen los celos. Pero no olvide el marido que él también ha de estar a la recíproca...

HIGIENE SEXUAL

Sensaciones visuales y olfativas.—Olores más importantes.—Su influencia como estimulante sexual.—Un caso.—Atracción y repulsión.—La secreción menstrual.—Estética.—Higiene de los genitales.—Influencia de las religiones en el culto de la piel.—Purezas antagónicas.—Actitud del cristianismo.—Los musulmanes.—El ejemplo de las prostitutas.—El ideal abisinio.

Hay un adagio que dice que "de gustos no hay nada escrito". Esta definición vulgar yo creo que encaja perfectamente en el terreno sexual, puesto que el "gusto", en sus múltiples manifestaciones, sirve para definir estados y tendencias, con una variedad riquísima en los aspectos.

No vamos a ocuparnos aquí de toda la gama amplísima que el gusto abarca, sino que nos concretaremos a analizarlo desde el punto de vista muy reducido de la higiene conyugal, pero no tanto que no deje de tener una importancia enorme, como demostraremos.

Simplificando, es nuestro propósito examinar las impresiones visuales y las sensaciones olfativas que pueden derivarse de una falta de higiene en ambos cónyuges, traduciéndose en reflejos de orden psíquico perfectamente definidos.

Sucede por lo común que el olor que es repugnante para un individuo, y, por lo tanto, puede ser suficiente para representar un motivo destacado de aversión sexual, no es difícil que resulte sumamente agradable para otro, convirtiéndose en un atractivo de primer orden y hasta algunas veces insustituible en la producción de los fenómenos típicos de la tumescencia.

En el terreno de la sexualidad, si es cierto que de gustos no hay nada escrito, no es menos verdadero afirmar que los contrastes de apreciación son infinitamente más destacados que en ningún otro orden. No obstante esta conformidad, es preciso diferenciar los olores por la definición de buenos o malos, o, mejor dicho, agradables y re-

pugnantes, tomando como punto de partida una base prudente de apreciación.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que, aun cuando toda persona tiene para una nariz muy sensible un olor distintivo y personal, éste no puede ser considerado más que como una de las varias sensaciones que emanan del cuerpo o como una combinación de dos o más de dichas emanaciones.

El cuerpo, en realidad, produce varios olores diferentes, de los cuales los más importantes son: primero, el olor general de la piel, que es una fragancia suave y agradable y que puede observarse aun al poco tiempo de haberse lavado; segundo, el olor del cabello y el cuero cabelludo; tercero, el del aliento; cuarto, el de la axila; quinto, el de los pies; sexto, el olor perineal; séptimo, el esmegma prepucial en el hombre, y octavo, en la mujer, el olor del monte de Venus, el del esmegma vulvar, el del mucus vaginal y el del flujo menstrual. Todos estos olores son, por lo general, fáciles de trazar aun en personas sanas, normales y de gran limpieza.

Aunque el olor tiene un carácter secundario en la función sexual, hay un hecho que demuestra la íntima relación que existe entre los centros sexuales y el órgano olfatorio: el de ser muy frecuente, según aseguran los alienistas después de haber efectuado muy detenidas investigaciones, que la demencia de un carácter sexual vaya acompañada de alucinaciones del olfato.

El olor personal, para despertar la atracción y no la repulsión, tiene, en las personas normales, que ir precedido de cierta predisposición sexual, pues de otra forma, cuando las emanaciones son demasiado perceptibles, sucede que la impresión produce una especie de traumatismo capaz de significar una aversión constante hacia el hombre o la mujer de quien emana el olor.

El olor de las axilas de una mujer produce al hombre, generalmente, destacada repugnancia. Nos referimos, naturalmente, al hombre que permanece insensible y falto, por el momento, de deseo sexual. Al efecto, durante una fiesta celebrada a bordo de un barco donde yo viajaba, un amigo llegó hasta mí pidiéndome algo para el dolor de cabeza. La causa de aquel dolor fué, según él, "un olor insoportable que trascendía de las axilas de la muchacha más bella del pasaje". Y al poco tiempo, un oficial, muchacho joven y bien constituído, me aseguró todo lo contrario. "Si es interesante el atractivo físico de esa mujer—me dijo—, te aseguro que el perfume embriagador de sus axilas me interesa tanto como toda ella."

¿Cómo se explica esta diferencia? Sencillamente porque el primero no halló en la joven ningún atractivo inicial, mientras que el segundo ya había recibido una destacada impresión sexual desde los primeros momentos de su amistad con la preferida.

Algo parecido ocurre con el olor que se desprende de los genitales femeninos durante el período menstrual, y lo mismo pudiera decirse del resto de las emanaciones del cuerpo, por lo que no es posible definir de una manera incuestionable, como decíamos antes, cuáles son los olores atractivos y cuáles los repulsivos.

Es de observar que esta cuestión, cuando se trata de personas limpias y cuidadosas, no va más allá de pertenecer al orden secundario de los caracteres sexuales desde el punto de vista de la regla general, cuyas excepciones están constituídas por casos que, aun siendo numerosos, del orden de los que acabamos de exponer, no suponen una abundancia demasiado notable para suponerlas verdaderamente importantes en la aversión o en la atracción sexual.

Para la atenuación de los olores desagradables del cuerpo humano, o, algunas veces, con la tendencia a que la expresión olfativa pueda traducirse en la excitación de los deseos sexuales, tanto el hombre como la mujer recurren a esos perfumes bien conocidos en los tocadores de las mujeres galantes.

No nos interesa principalmente referirnos a la atracción de los olores ya sean naturales o artificiales, sino a la repulsión que los malos olores naturales pueden producir en la persona del sexo contrario con la que ha de tenerse relación carnal.

Es cierto que los olores particulares de una mujer pueden producir emociones favorables a la práctica sexual en el hombre que reciba la sensación olfativa, siempre que éste esté predispuesto y pueda agregar circunstancias anteriores de influencia grata. Todo esto puede ocurrir antes de la consumación única o reiterada del acto sexual, admitiendo la posibilidad de que dichas emanaciones odoríficas sean la consecuencia de una falta de higiene por parte de la mujer, o del hombre en caso contrario. Mas cuando la asociación de las impresiones olfativas no ha sido primordial en la predisposición para la práctica de la sexualidad, cuando ésta ya ha sido satisfecha en los términos enunciados, esos olores que antes fueron agradables y ejercieron una función de estimulantes relativos se convierten después en anafrodisíacos o repulsivos, produciendo un estado de frigidez o de deficiente predisposición para el acto en la persona impresionada.

No es correcto decir que esos malos olores son artificiales en el sentido estricto de la palabra, puesto que su naturalidad se desprende de la falta de aseo; pero hasta cierto punto es admisible afirmar su artificialidad, puesto que lo natural, o, al menos, lo higiénico, sería eliminarlos por los procedimientos elementales de la simple limpieza. (Lámina I.)

El olor que más importancia tiene en el sentido a que nos referimos es el de las secreciones menstruales acumuladas, en parte, en la cavidad genital de la mujer. La convicción tan arraigada en las mujeres de todas las clases sociales de que es peligroso para la salud lavarse los genitales durante el período catamenial, es una creencia absurda y opuesta en absoluto a las más elementales normas higiénicas, como son aquellas que se encaminan a suprimir las causas de inspiración del "asco" en sus formas más destacadas y groseras.

Cuando más deben de lavarse los genitales, con agua templada, desde luego, es precisamente en esta ocasión, justamente, a más de otros fines, para evitar posibles infecciones causadas por la acumulación del flujo, que siempre ocasiona molestias peligrosas. De forma que, mediante una limpieza frecuente, desaparecerían, con la creencia supersticiosa, los olores fétidos de la sangre menstrual, que se descompone con facilidad suma, y, lo que es más importante, se suprimiría uno de los motivos que más alejan de sus esposas a los maridos enamorados.

Las emanaciones malolientes de la menstruación en una mujer desaseada son, después de la suciedad general, lo que más eficazmente ataca a la estética de la unión sexual. Aunque el marido esté muy enamorado, la vaharada densa de esa secreción pondrá de relieve ante su nariz y sus sentimientos un motivo de prosa cruda e insoportable.

Que las pequeñas causas son susceptibles de producir grandes efectos no es, en este caso, sólo una frase: entre las causas puramente fisiológicas de la aversión sexual ésta es una de influencia indiscutible. Y de la aversión sexual a la aversión conyugal, puesto que estoy convencido de que la erótica es uno de los más férreos fundamentos del matrimonio, está comprobado que no hay más que un paso que se salva con una facilidad insospechada.

La higiene de los órganos genitales, en la mujer, por medio de lavados vulvares e irrigaciones vaginales a base de un antiséptico cualquiera, y, en el hombre, a base de agua y jabón, son procedimientos más que suficientes para sustituir con ventaja al uso de los perfumes, incluso en su influencia estimulante.

Esta higiene, tan necesaria física y espiritualmente para el completo goce de los deleites sexuales, no existe entre una abundante proporción de individuos. Está demostrado, y de ello poseemos pruebas derivadas de la diaria experiencia de la clínica, que si la mujer cuida algo de su cuerpo lo hace por necesidad en el momento inmediato a la desaparición de las reglas. Aparte de esto, sólo realiza una somera limpieza del rostro, sin ocuparse demasiado de su aparato genital. Y en el hombre, no hablemos: la higiene del sexo, por regla general, puede decirse que no existe.

Si la limpieza en el hombre hay que estimarla muy necesaria, en la mujer es absolutamente preciso considerarla imprescindible, en virtud de que sus órganos son más anfractuosos y, por lo tanto, más propicios a que en sus repliegues se acumulen los gérmenes nocivos, que sólo pueden ser eliminados mediante un jabonado meticuloso seguido de irrigaciones de agua tibia, para lo que recomendamos cualquiera de las cánulas-espéculo de doble corriente tan acreditadas.

En el hombre esta higiene es más fácil, puesto que no es necesario, aparte de los lavados externos, más que jabonar el pene de modo que entre la piel y el órgano no quede depositado el esmegma prepucial, asiento de gérmenes infecciosos susceptibles de ejercer su acción nociva tan pronto se produzca la más leve excoriación a consecuencia del roce del miembro viril contra los músculos vulvares y vaginales de la mujer. Esto es lo que el vulgo denomina *recalentamiento*, siendo sus consecuencias más benignas cuando se mantienen perfectamente limpios los genitales.

Un método elemental de lavado consiste en lo siguiente: al orinar, oprimir la abertura prepucial de forma que quede cubierto el glande, reteniendo la orina en la bolsa que forma la piel de la envoltura, mientras que con los dedos de la otra mano se efectúa una especie de masaje, con objeto de que el líquido disuelva las secreciones sebáceas acumuladas, terminando por dar salida a la orina. Esto puede efectuarse dos o tres veces durante una micción.

A esto podrá objetarse que el lavado ni es perfecto ni estético; pero siempre es preferible a no lavarse de forma alguna.

Aparte de las razones de indolencia que justifican esta falta de higiene en los dos sexos, hay otras de distinto orden. Y estas estriban, principalmente, en el antagonismo de las religiones por el culto a la piel, mientras los teólogos se dedicaban con un ardor digno de mejor causa, al culto exagerado de la suciedad personal.

No es esto una mera afirmación gratuita. La moral de esas reli-

giones sostenía a costa de todo "que más valía que la carne temporal se cubriese de suciedad, que correr el riesgo de manchar la radiante fuerza del alma inmortal."

El baño, que en los tiempos de Roma adquirió una importancia preponderante entre todas las clases sociales, fué desarraigado de las costumbres al advenimiento del cristianismo. (Lámina II.) San Jerónimo nos dice en tono de aprobación que cuando Santa Paula observaba que algunas de sus monjas se preocupaban de estas materias, las reprendía severamente, diciendo que "la pureza del cuerpo y de sus vestiduras significa impureza del espíritu." O, como dijo el fraile del monte Athos: "El hombre debe vivir en la suciedad como en un traje de malla, de modo que su alma viva siempre dentro de él."

A fines del siglo XVII, madame de Mazarín, que se había retirado a un convento de Visitadoras, mostró un día deseos de lavarse los pies, con lo que sublevó a la comunidad toda, siéndole negada su petición. Pudiéramos citar innumerables casos demostrativos del rigorismo de tan acendrado horror a la higiene.

Pero, si esto es evidente, hay algo más que no lo es menos: el hecho de que el cristianismo fué, esencial y fundamentalmente, una rebelión contra el mundo clásico, un azote contra sus vicios y depravaciones, contra sus costumbres y sus prácticas, verdaderamente inmorales y antibiológicas; es justo reconocerlo así.

Veamos ahora la razón del antagonismo religioso con las prácticas higiénicas, aunque la explicación no pueda convencernos demasiado... Transcribimos lo que a este respecto dice un tratadista célebre:

"Fácilmente hubieron de convencerse los cristianos—aun cuando nosotros hoy no queramos darnos por enterados—que el culto del baño era, en realidad, el culto de la carne. Por profunda que fuera su ignorancia en materia de anatomía, fisiología y psicología, tenían motivos innegables para saber que la piel es una zona fronteriza sexual y que todo aquello que produce su pureza y su brillantez es una apelación directa, más fuerte o más débil, según el caso, a las pasiones con que luchaban tenazmente. La moral era, pues, evidente: "más valía que la carne temporal se cubriese de suciedad que correr el riesgo de manchar la radiante fuerza del alma inmortal."

En realidad, los baños públicos de Roma, en que las gentes procedían a la limpieza de su cuerpo en medio de la mayor promiscuidad de sexos, más bien parecían pretextos de orgías sexuales que el motivo de poderosas razones higiénicas. Y, para robustecer esta opinión, apelamos a la conciencia de todo aquel que haya tomado un baño tibio, que no negará, seguramente, haber experimentado cierto estímulo de naturaleza erótica. Esto es innegable.

Con tan rigurosa persecución a las prácticas higiénicas, tal vez la Iglesia lograse acabar con aquella inmoralidad condenable; pero es que la falta de aseo, ahora y en todos los tiempos, especialmente en lo que a los órganos genitales se refiere, establecida como indiscutible regla de buena moral, si beneficiaba al alma perjudicaba al cuerpo. Además, puede ser—no lo afirmo en manera alguna—que en aquellos conventos de Visitadoras y otros por el estilo todas las monjitas fuesen vírgenes; pero que habría muy pocas castas, no hay que dudarlo. Esta opinión es justo trasladarla también a los religiosos varones.

Si bañarse era un pecado venial, lavarse los genitales era un pecado mortal. De esto puede decir mucho, si quieren, las alumnas internas de muchos colegios religiosos, pese al tiempo transcurrido. Y está suficientemente demostrado, pero sin que se pueda aducir la más leve razón en contrario, que el camino más corto para que una criatura se inicie en los placeres de la masturbación es la falta de aseo de sus órganos genitales.

Estimo que estas viejas creencias tan arraigadas entre las gentes que habitan en los pueblos y aldeas alejadas de los grandes centros de civilización, forman parte de la moral de esos individuos en tal aspecto. Por testimonios de colegas que ejercen en dichas localidades, no cabe duda que una gran parte del vecindario femenino, no sólo rehuye la investigación del médico cuando ha de recurrir al auxilio del espéculo, sino que las que no tienen tantos prejuicios se someten al reconocimiento facultativo sin tener en cuenta para nada el *estado* estético de sus órganos sexuales.

Aun en las grandes ciudades no es raro encontrarse en presencia de casos semejantes. Muchas vulvitis de tipo blenorrágico, metritis, flujos, etc., no tienen su origen en otras causas que la falta de higiene más elemental de todo el aparato genito-urinario.

En algunos pueblos de menor nivel cultural que el nuestro, como entre los indígenas marroquíes, árabes, fellahs y, en general, todos los de religión mahometana, las abluciones de los genitales han de practicarse rigurosamente. Cuando las caravanas atraviesan los vastos y secos desiertos de Africa o Asia, la falta de agua se sustituye con la arena finísima que se deposita en los abrigos de los vientos tempestuosos, y con arena frotan hombres y mujeres sus genitales hasta dejarlos tan limpios como si para ello utilizasen el agua más cristalina.

Los motivos de esta higiene son tanto religiosos como de indol estética. No hay duda que el musulmán es eminentemente voluptuo y de todas las voluptuosidades que el Paraíso le ofrece los goces d sexo son los más sugestivos.

Bueno es advertir también que estas prácticas higiénicas tan s veras se observan, con rara excepción, en las familias legalmente con tituídas, sin diferenciación social; pero entre las prostitutas libre acaso por la misma inmoralidad de su comercio, hacen también deja ción de las prácticas religiosas; son, a su entender, conscientes de l ilegalidad de su profesión, y en su extraña psicología no cabe la ar monía de una práctica deshonesta y una conducta religiosa semejan te a la de las mujeres puras que en su paso por la existencia no hace más que allanar el camino que las conducirá algún día a la diestra d Profeta. Estas diferencias tan notables justo es decir que se estable cieron desde los comienzos de la dominación europea, puesto que pra ticar el comercio carnal con los *kaffires* o cristianos lleva consigo, in defectiblemente, la maldición eterna de Alah...

Pese al severo control de las autoridades francesas, refiriéndonos al Marruecos francés, las enfermedades venéreas constituyen un te rrible azote entre estas gentes. No ocurre lo mismo, gracias a la labor de las autoridades sanitarias, entre las prostitutas que habitan en los *Quartiers privées,* que son barrios enteros cuyas moradoras e inclus "moradores" también se dedican a la prostitución reglamentada. La prostituta es, generalmente, joven, bella y limpia, cualidades imprescindibles puesto que la competencia es mucha. (Lámina III.)

Las prostitutas libres marroquíes parece que escapan a la relación de asociación entre la prostitución y la limpieza. Los tratadistas ro manos nos han dicho que el baño y la limpieza eran las ocupaciones habituales de las mujeres que comerciaban con su cuerpo. Sin embar go, a principios del siglo XIX parece que la suciedad era la caracte rística de la cocota parisién, aunque de aquellos tiempos a los pre sentes las cosas han variado mucho. (Lámina IV.)

En Abisinia, país fuertemente influenciado por el catolicismo, las mujeres indígenas consideran poco honroso el amor a la limpieza, has ta el extremo que la suciedad, el mal olor corporal y el desarreglo en el vestir son considerados como una prueba de virtud indiscutible siendo creencia que la mujer vestida de limpio despierta siempre sos pechas, pues la pulcritud es, según ellas, prerrogativa de la sacerdo tisa de Venus.

Por lo general, en todos los pueblos y especialmente los más in

cultos, la práctica de la vida sexual va siempre asociada a la higiene más escrupulosa. El explorador Cook, en su *Descripción de viajes,* habla de la extrema y escrupulosa limpieza de los habitantes de la isla de Tahití en todos respectos; no sólo se lavaban el cuerpo y la ropa a diario, sino que llevaban la limpieza a un extremo adonde no llegaron jamás "las más cultas sociedades de Europa".

Otro viajero afirma lo mismo: "Los habitantes de las Islas Sociales son, entre todas las naciones del mar del Sur, los más limpios, y las clases más elevadas entre ellos llevan el aseo a un extremo ilimitado." Estas descripciones datan del siglo XVIII; pero a pesar del tiempo transcurrido, aún pueden observarse las mismas costumbres entre los habitantes de dichas islas.

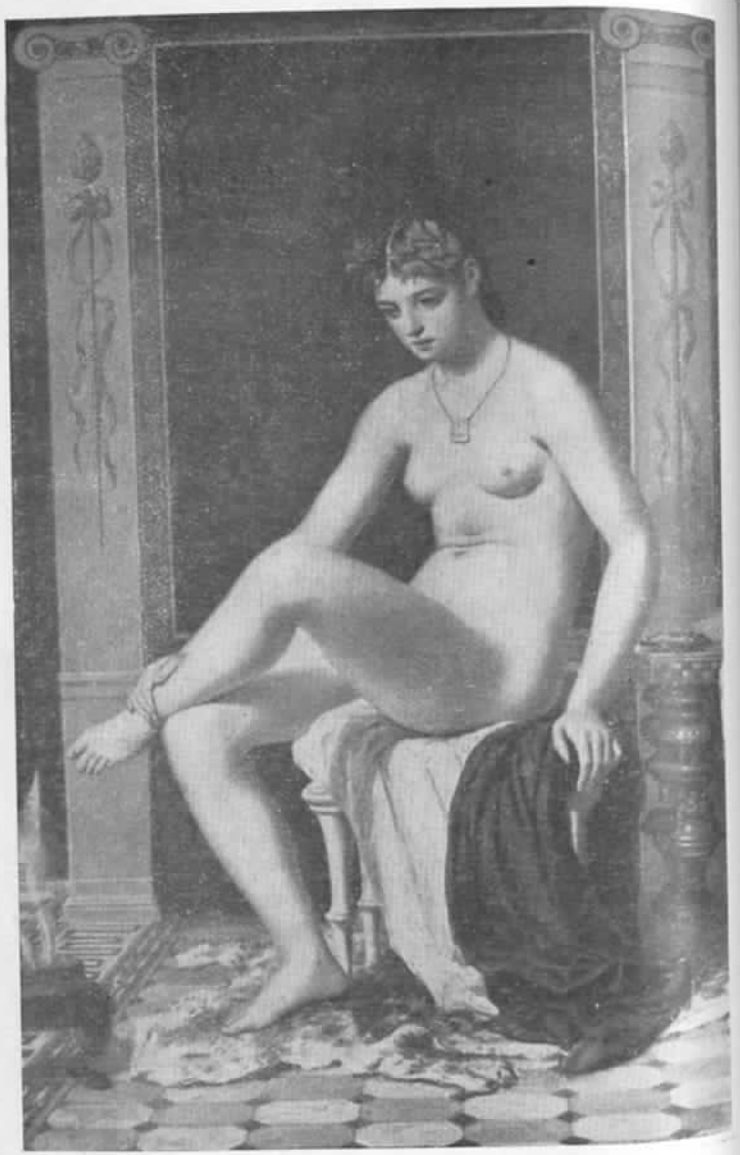
Insisto en que a la influencia de algunas religiones tiene sobre sí la responsabilidad de que las prácticas de la higiene íntima dejen bastante que desear. Naturalmente, establecido el principio de que la pureza del alma no puede armonizarse con la limpieza del cuerpo, y teniendo en cuenta el importante papel que en la moral de los pueblos desempeñaron las prescripciones teológicas, las cosas no podían suceder de otro modo ni podían traducirse en otros resultados que los que se perseguían.

En el presente capítulo nos hemos referido exclusivamente a la higiene fisiológica, a la limpieza del cuerpo, y, concretando aún más, a los cuidados higiénicos que requieren los órganos genitales como uno de los principios en que debe fundamentarse la estética de las relaciones sexuales; pero más adelante haremos mención de la higiene anímica, de la parte psicológica, que es, con la otra higiene, la base en que debe afirmarse el comienzo de la buena armonía sexual para que la práctica sea pródiga en manifestaciones beneficiosas a la perfecta erótica conyugal, que es, a mi juicio, el sostén más destacado de la vida de dos seres que se unen tanto para perpetuar la especie como para extraer del amor todos esos productos ideales sobre que se asienta la felicidad.



El baño (cuadro de Prinet).
No cabe duda que la higiene es el principal aliado del amor, aun en los pueblos menos civilizados.

LAMINA I



DAMA ROMANA DESPUÉS DEL BAÑO.
En aquella época, estas prácticas higiénicas degeneraron en verdaderas orgías sexuales, que acabaron gracias al Cristianismo.

LAMINA II

HIGIENE PSICOLÓGICA

Aclaración.—Concepto de la unión sexual.—¿Erótica o sucesión?—Teoría y práctica.—Hablan los filósofos.—Las cuatro clases de enamorados.—Diferenciación del amor.—Los idealistas.—Románticos o equivocados.—La mujer, no comprende...—Su pasividad aparente.—El gran abismo.—Energía sexual.—Peligros.—Dos adagios.—El espíritu como base.—La belleza física no es fuente de amor inagotable.

SINCERAMENTE, el epígrafe que encabeza este capítulo no es el más adecuado al aspecto de la sexualidad que vamos a tratar; pero si estimamos que la higiene fisiológica es la que se refiere a los cuidados del cuerpo, no está mal decir que la psicológica debe ser la que abarque al *alma matrimonial*, puesto que nuestro punto de vista consiste, como dicen los poetas, en apreciar dos cuerpos y un alma sola en la perfecta unión de dos amantes.

Vamos a prescindir de la denominación de matrimonio en su concepto histórico o tradicional, puesto que hasta que no lo advirtamos, nos referiremos concretamente a la unión sexual de un hombre y de una mujer impuesta por su facultad de elección, y no por otros factores sociales, puesto que una imposición externa ya lleva consigo un mandato, un canon o una pauta contraria a los principio de la unión libre de dos enamorados.

El matrimonio, esto es, repetimos, la unión sexual, no es sólo el ayuntamiento carnal y espiritual de dos seres de distinto sexo: es también la probable continuidad de esas relaciones que se traducen en los hijos. El maridaje que adoptan los animales se efectúa por medio de la selección natural en la que se basa.

Hay quien afirma que entre las razas civilizadas el matrimonio, en ese sentido tradicional, fué creado por imperio de la influencia reguladora de las instituciones legales religiosas o sociales y en interés de la prole únicamente. Tal concepto, a pesar de todo, no puede admitirse

en términos generales, al menos a medida que la civilización avanza con su secuela de evoluciones y revoluciones de fuerte significación económica. Por eso es posible negar la afirmación de Rosenthal, cuando dijo que "la intención de procrear es esencial al concepto legal de matrimonio".

Al concepto legal es posible, puesto que lo que más interesa a los Estados es la función procreadora de sus ciudadanos. Pero es que los matrimonios, que forzosamente han de cargar con los múltiples cuidados y responsabilidades inherentes a la paternidad y aun a la maternidad solamente, no se encuentran en el mismo caso. ¿Esto es o no cierto?

Desde la redacción de la Biblia a los tiempos presentes ya han transcurrido miles de años. Del concepto bíblico antiguo a la realidad actual media un abismo económico y social que no es posible salvar con las declamaciones de los moralistas y sociólogos, y menos aún con las voluminosas ampulosidades de las predicaciones teológicas.

Havelock Ellis, el célebre psicólogo inglés, afirma: "Aun tratándose de aquellas razas civilizadas entre las que abundan los matrimonios estériles, la unión se lleva a cabo siempre con el objeto de procrear niños, y significa la duración y permanencia que pudiera exigir dicha procreación".

Y no estamos de acuerdo, ni muchísimo menos. Prescindiendo de la vaguedad del aserto, que, desde luego, se ofrece un poco confuso, no hay duda que en la mayoría de los casos la prole resulta más bien un accidente de la unión sexual, desde luego previsto, que la materialización de un anhelo firmemente sentido. Por el contrario, es innegable que la infelicidad conyugal tiene su origen, en muchos casos, en la falta de un hijo. Pero tampoco puede negarse que el nacimiento de más prole de la que un matrimonio puede sostener produce resultados morales idénticos a la ausencia completa de sucesión.

Claro es que en el término medio está el buen equilibrio.

Muchos médicos y más comadronas pueden robustecer esta opinión mía, contraria al enunciado de Havelock Ellis. A los matrimonios modernos, lo mismo que a las uniones extraconyugales, interesa más la erótica que la sucesión, al menos durante los primeros años, en la época juvenil, o sea cuando más apto es el individuo para la reproducción. Hay excepciones, ¿quién lo niega?; pero, desde luego, forman un volumen bastante reducido para hacer que se destaque demasiado de la importancia innegable de la regla general.

En el orden legal, el matrimonio es el acto público por el cual se

legitima la misión del hombre y la mujer. En el religioso, es un sacramento que consagra y santifica la unión, y en el filosófico, el más natural, es la consagración solemne del acto volitivo por el que un hombre y una mujer se entregan mutuamente, sin ingerencias extrañas, a la libérrima interpretación de sus sentimientos, o sea obedeciendo a las leyes naturales de la selección, que como ya hemos dicho tienen su origen en las escalas inferiores del reino animal.

Naturalmente, estos tres aspectos teóricos de la definición del matrimonio suponen una división demasiado concreta, que queda casi anulada, por decirlo así, cuando nos atenemos al estudio enormemente complejo que es preciso realizar en la práctica de la institución. Sobre todo, cuando ese estudio intenta adentrarse hasta el análisis de las más profundas raíces germinadoras del hecho, la teoría no es nada ni nada supone. Hay que atender entonces a los misteriosos y múltiples fenómenos que en ella influyen e intervienen de manara harto significativa: necesidades físicas, atracción personal, repulsión, conveniencias y un sin fin de circunstancias que, aisladamente, son capaces por sí solas de dar al matrimonio las más diversas expresiones morales y físicas.

A veces la unión sexual llega a ser la comunión íntima de dos seres que se dirían creados el uno para el otro. Esta inteligencia, que raramente tiene una expresión mutua, suele iniciarse desde los primeros momentos del galanteo, sin que intervenga para nada el factor sexual específico. Es lo que se llama "romanticismo" entre los enamorados, aunque realmente no es más que la máxima comprensión por parte de uno de los defectos del otro, defectos que estudia y analiza con perseverancia hasta eliminarlos o... hasta incurrir en ellos, en cuyo caso ya no son más que dichosas cualidades para ambos. Naturalmente, para que esto ocurra, esos defectos no han de tener más importancia que aquella por la que es fácil transigir, pues cuando esos defectos son graves pueden anular por completo la predisposición del amante, a quien importa más la propia estimación que la que la persona amada le merezca. Este extremo lo aclararemos convenientemente al referirnos a la aversión sexual en el matrimonio.

Cuando se llega a la práctica sexual, los amantes, insensiblemente, por ese fenómeno autosugestivo favorable, logran asentar sobre las firmes bases de la perfecta compresión el magno edificio de la armonía erótica, imprescindible para el total equilibrio sexual, que es lo que determina las condiciones de mayor ventura para cada uno de ellos.

Esta última forma equivale a lo que podemos denominar matrimonio perfecto.

Caldeada e iluminada por el amor — nacido de ella o anterior a ella—, tal unión da a los dos *amigos,* ligándolos para siempre, una quietud moral, un equilibrio espiritual y físico, una energía de la voluntad y una euforia tales que nada es ya necesario para multiplicar su valor y sus fuerzas perdurables.

Un tratadista ha dicho: "En el matrimonio perfecto se cierne radiante, por encima de la forma social y puramente convencional, un sentimiento, al que ha de darse, a falta de otro nombre, el de amor, aunque tal no sea la opinión general, según innumerables testimonios de los que he aquí algunos:

"Casarse por amor—dijo un novelista—es instalarse para una temperatura de cuarenta grados, sin pensar que puede descender a bajo cero."

Montaigne escribió: "Yo no conozco matrimonios que más pronto fallen y se transformen que los determinados por la belleza y los deseos amorosos. Hacen falta cimientos más sólidos. Esa hervorosa alegría no vale nada."

Tampoco falta un filósofo de tipo "comunistoide", como Montesquieu, quien llegó a declarar que "un marido" que quisiera ser el único poseedor de su mujer sería mirado como un perturbador de la alegría pública o como un insensato que quisiera gozar él sólo de la luz del sol, con exclusión de los demás hombres.

Cuando en la unión sexual de dos seres se enciende la tea de la discordia, es necesario investigar si ello debiera imputarse al amor, al matrimonio o a los cónyuges. Yo creo que, enunciada así la cuestión, no es posible aportar mucha luz sobre el suceso, y, al efecto, vamos a aclararlo.

Empecemos a hacer una selección de la raza humana desde el punto de vista espiritual de la unión sexual, y, tomando como base los pueblos civilizados, dividiremos en cuatro grupos o clases distintas a los individuos, diferenciación que se establece en cuanto a la forma que tienen de manifestar o de sentir el amor.

Grumberg, una autoridad en la materia, nos ha facilitado la tarea al hacer la selección:

"Primera. Los *imaginativos* o los enamorados idealmente, cuyos tipos reales o imaginarios serían Petrarca, Don Juan, lord Byron, Lelia, Alfredo de Musset, etc., y, en general, todos los *héroes románticos,* cuya fórmula amorosa es esta frase, de Alfonso Karr: *El amor*

está todo entero en aquel que ama. El objeto amado no es más que un pretexto.

Segunda. Los *instintivos,* o enamorados carnalmente: Francisco I, Enrique IV, Panurgo, Luis XV, Lovelace, etc. El sentimiento especial que caracteriza esta clase ha sido descrito por Voltaire, en el artículo "Amor", de su *Diccionario filosófico.*

Tercera. *Los fusionistas o culyugales,* a los que se podría llamar también los *enamorados amigos,* para los que el amor se realiza por la fusión de dos seres en uno y por la absoluta comunidad de goces y pesares. Esta es la clase privilegiada, aunque la menos conocida, ya que los novelistas y los poetas la han atendido poco, por la razón de que la completa felicidad de aquellos que la componen, realizada en la unión que eligieron, hace que vivan íntimamente su propia novela y que sientan en su corazón la poesía que los demás imaginan en su cabeza.

Cuarta. Los *neutros.* Esta categoría, cuyo carácter designa claramente su nombre, está compuesta por la inmensa muchedumbre que cumple su destino, sin grandes sufrimientos y sin grandes goces, desconocidos, ignorados e ignorantes de sí mismos: el barro fecundo y nutritivo de la Humanidad."

No se dejará de reconocer cuánta claridad arroja esta teoría sobre la cuestión que motiva el presente estudio.

Cuando un matrimonio no es feliz y se ve atormentado por el odio, agitado por borrascas, maldiciendo de lo que un día creyeron ser una suerte, no ha de acusarse de ello a la institución en sí, como se ha hecho con frecuencia, ni al amor, al que los filósofos superficiales califican de versátil, sino más bien a uno de los dos cónyuges—o a los dos a la vez—, según la clase en que los coloque su propia naturaleza.

Ya es un gran avance poder dar así, merced a una clasificación tan sencilla, la razón de desórdenes sociales hasta ahora inexplicables; pero este sistema tiene también la ventaja de facilitar el resto de la investigación. ¿Qué procedimiento hemos de seguir? El de razonar sobre el amor, especialmente sobre sus efectos tangibles, procurando reemplazar en determinados casos un móvil puramente instintivo o sensible por otro más en relación con el predominio de nuestras costumbres actuales.

Pero, ¿cómo hablar con el lenguaje de la razón a quienes se ufanan de no servirse de ella o nunca la tuvieron? Apoyados en nuestra teoría, podemos consignar legítimamente que por ser los individuos

que forman la primera clase indicada *enfermos*, y los que componen la última *monstruos*, prescindiremos de la importancia de unos y otros, ya que la higiene psicológica en este caso como la corporal en otros, sólo tiene relación eficaz con las gentes sanas y normalmente constituídas. Así, pues, ha de circunscribirse a la categoría de *enamorados amigos* y a la de ciertos instintivos a la vez.

Del amor de los imaginativos al de los fusionistas o conyugales, las dos formas más bellas de la atracción de los sexos, media un abismo que se caracteriza por la posesión plena del objeto amado.

En el noviazgo, en el galanteo, o sea la fase de la imaginación, todo es idealismo puro. Estos idealistas no acaban de comprender que la unión sexual, aderezada con los imprescindibles recursos espirituales, significa la continuidad de las emociones iniciales, que ahora son más intensas, más bellas y duraderas, puesto que equivalen a la consecución total del fin biológico: la más íntima relación de los sexos con todas sus consecuencias.

En estos enamorados—más en él que en ella—la función sexual llega a convertirse en un motivo de santo horror, en el que ni por un solo instante se piensa como no sea para rechazarle como algo repugnante. Es tal la hiperestesia espiritual, por decirlo así, que la aversión franca a la materialidad del acto se traduce por una especie de atonía sexual en el infeliz enamorado con relación exclusiva a su amada, llegando a inspirarle una sincera repugnancia quienes no participan de sus teorías.

Tal es el concepto del llamado "amor puro", aunque no pasa de ser una interpretación aberrante de la sexualidad normal, que aherroja a los amantes durante un lapso de tiempo que, por lo general, no suele prolongarse demasiado, porque a esta deformación suceden bien pronto las emociones del impulso sexual en la forma del flirteo, los toques, las caricias, los contactos y ese sin fin de actos naturalísimos y lógicos en la buena orientación amatoria, pero que antes parecieron tan pecaminosos cuanto más sugestivos se ofrecen ahora.

Este idealismo, para ser normal, necesita de la "eximente" de la inexperiencia o la *irresponsabilidad* inherente a la adolescencia. Si se manifiesta en una edad más avanzada, prolongándose tal estado durante mucho tiempo, entonces entra, por lo común, en el campo de la anormalidad sexual.

No obstante, entre ambos períodos cronológicos es cuando el idealismo toma las formas características especificadas en esas naderías deliciosas en que es pródigo "el primer amor", del que se dice que es

inolvidable por ser más fuerte. Pero esto creo que no va más allá del terreno de la literatura, de lo que se ha abusado por novelistas y poetas hasta los límites de la saciedad. Hoy, en nuestra época, los amores tipo Dafnis y Cloe no son más que un recuerdo mito-histórico, que se va esfumando en la sucesión de generaciones, que unos llaman materialistas y yo denomino, simplemente, mejor orientadas en materia sexual.

En el siglo del Romanticismo, época feliz de mojigatería, parece ser que llegó al colmo la expresión errónea del platonismo, considerado como factor de equilibrio social, aunque, desde luego, se amaba más con el corazón que con los sentidos. Ello no pudo resultar de peores consecuencias para la normal evolución de la humanidad, vista la cantidad de histéricas y perturbados, insatisfechos sexuales, que se dejaron morir en brazos de una dulce melancolía, producto de tan obstinada abstinencia genésica.

Este es el tipo de amor preferido por la inmensa mayoría de los hombres que se inician en sus adorables misterios, amor al que se entregan fervientemente, ocupándose de ellos mismos más que de satisfacer los anhelos naturales de la mujer amada, que, modernamente, no suele apreciar estas orientaciones extremadas en todo el valor que el hombre pretende atribuirlas, según su concepto del amor y la moral sexual. De aquí los fracasos que los enamorados estiman inexplicables, y de ahí el origen de los tímidos amorosos, incapaces de impresionar favorablemente a la mujer menos experta.

El idealismo amoroso en el hombre es como si dijéramos la cristalización, la saturación de su sexualidad exaltada; o, de otra forma, una *aberración normal*, valga la paradoja, del impulso sexual. Pero en la mujer, más serena, más fría, de otro temperamento, ese impulso aparece más normalmente situado, más lógico, y, por lo tanto, es difícil que llegue a tales extremismos, o sea a interpretar el idealismo en la misma gradación que el hombre. El macho es activo y la hembra pasiva: es una verdad biológica que no necesita demostración.

Por ello, muchas mujeres se sorprenden sinceramente de la tempestad de pasiones que desatan en el camino de su existencia, y se sorprenden porque en su criterio sexual no encuentra justificación el motivo de tan voluminosa diferencia: ellas no harían lo mismo que ven hacer al hombre.

Llegada la hora de la comunión carnal, insensiblemente, pero avergonzándose un tanto de sí mismo, el idealista de otros tiempos se habrá convertido en el enamorado amigo que más conviene a la perfecta

armonía conyugal. Comprobará entonces cuán equivocado anduvo por los difíciles y tortuosos senderos del amor, explicándose ahora la razón de ciertos misterios que antes fueron incomprensibles.

La pasividad de la mujer o, mejor dicho, de la hembra, no es real sino sólo aparente. Su fingida repugnancia hacia el acto sexual no se encamina a reprimir la actividad erótica ni en el hombre ni en ella misma, sino que se dirige a aumentarla en ambos. ¿Es consciente tal orientación? Seguramente, no. Pero es que la mujer, la hembra, es así; es un producto neto de su idiosincrasia, y, a no ser que se trate de una prostituta o de una mujer perfectamente ducha en las artes del sexo, aunque quiera comportarse de otra manera, su instinto no la dejaría hacerlo, hasta el extremo de no ser advertido lo equívoco de su conducta por un hombre medianamente experto.

La pasividad de las mujeres en el amor es, al decir de un tratadista, "la pasividad del imán, que en su aparente inmovilidad está atrayendo al hierro hacia sí. Detrás de ella se encuentra una intensa energía y una preocupación absorbida por el fin que debe ser logrado." La mujer, como la hembra del ciervo, nunca huye del hombre en línea recta: lo hace describiendo grandes círculos, que poco a poco van estrechándose, hasta caer, en virtud de la excitación de su impulso sexual, bajo el instinto excitado de su perseguidor.

Esa astucia instintiva no suele ser reconocida por el hombre en toda su magnitud, y si, en virtud de una poderosa excitación, deja de ser hombre consciente para convertirse en bestia instintiva, entonces la mujer, más sensible, sustituye inmediatamente la predisposición favorable por una aversión *también instintiva* que sólo puede vencerse a la fuerza, y la partida la pierde el galanteador para nunca más volver a tener probabilidades de éxito.

Hasta aquí nos hemos referido a la conducta de los enamorados en el galanteo y táctica prematrimonial, cuando es preciso suponer que a la inversa del hombre, ella desconoce por experiencia los goces de la sexualidad normal.

Esta falta de iniciación es, a no dudarlo, otra de las determinantes de su pasividad más o menos real, puesto que, una vez consumado el matrimonio y pasado el período de aprendizaje, el impuso sexual de la mujer se manifiesta, por regla general, con idéntica violencia, por no decir más, que en el hombre. El aspecto de la cuestión varía completamente, sobre todo cuando la iniciación se realizó por el marido perfectamente. Conste siempre que no es posible, en manera alguna, hallar en la mujer, durante los primeros días de su matrimonio, el

ardor entusiasta por los placeres sexuales tan natural en el hombre desde el primer día. Mejor dicho, las dos fuerzas, hombre y mujer, se encuentran, por lo general, en un plano diametralmente opuesto: en él, el deseo y la predisposición llegan al máximum, mientras que en ella la falta de experiencia, la vida nueva, los trastornos psíquicos y fisiológicos, etc., la sitúan en un plano inferior de inactividad que contrasta enormemente con el deseo siempre sediento de su marido. Si él olvida esto, hace mal.

Sucede que antes de la unión sexual el hombre tiende a ser más ardiente; después lo es la mujer. La energía sexual de las mujeres en estas circunstancias parece más intensamente activa por causa del largo período que ha estado latente. Burdach decía que ellas sólo adquieren el completo goce de la fuerza general después del matrimonio y de la fecundación, "mientras que los hombres tienen más vigor antes del matrimonio."

En la primera parte no titubeo en conceder a Burdach mi pleno asentimiento; pero en lo que se refiere a una supuesta pérdida del vigor masculino, he de mostrar mi disconformidad. Aun suponiendo a un hombre tan casto como una virgen auténtica, la ausencia completa de función de sus glándulas germinales se traduce en un estado de debilidad general, y más aún si la naturaleza se excede en reclamar sus fueros por medio de las poluciones nocturnas abundantemente repetidas. Yo estimo que la función hace al órgano en este caso. Y si las relaciones sexuales se efectúan dentro de los límites normales, el vigor sexual del hombre, si no aumenta, tampoco disminuye.

La explicación, no obstante, puede ser la siguiente: si la mujer tiende a demostrar un aumento de ardor sexual después de establecidas las relaciones carnales, es porque puede notarse el hecho indudable de que estas relaciones son menos perjudiciales para ella que para él. El hombre sufre una pérdida notable de productos de secreción testicular, y la mujer, en este caso, "no tiene nada que perder". Claro es que en igualdad de circunstancias, o sea admitiendo que el hombre haya de experiemntar el mismo número de orgasmos que su cónyuge, el límite del exceso llega mucho antes para él que para ella, de donde se infiere el producto resultante de una natural defensa orgánica. Pero si tenemos en cuenta que la saciabilidad de ambos suele estar equilibrada, la diferencia no será muy notable.

En otro orden de cosas, un hombre que practica el coito con una mujer a la que no está unido por firmes lazos psíquicos, por una pre-

disposición normal, es posible que experimente bien pronto esa sensación de hastío y repugnancia, inclusive, que casi todos los hombres habrán advertido con sus amantes de unas horas o de una noche: esto parece natural. Pero cuando la predisposición psíquica es sincera y media un afecto suficientemente hondo, es verdad también que después de un coito el hombre puede experimentar una agradable laxitud y tendencia al sueño, en tanto que su compañera, para la cual un solo orgasmo es, al principio de las relaciones, un estímulo agradable, no alcanza el límite de la completa satisfacción hasta un segundo o tercer coito. La supuesta pérdida del vigor en el hombre puede ser momentánea; pero si transcurrido un plazo de un par de horas el hombre intentase nuevas repeticiones, entonces sería difícil a la mujer complacerle sinceramente, puesto que la descarga nerviosa en ella se traduce, por lo general, en un letargo voluptuoso de bastante mayor duración que en el hombre. (Lámina V.)

Los excesos del placer sensual, considerados como la causa de muchos males en los hombres, rara vez, en efecto, se presentan en las mujeres, por más que ella haya tomado parte en todos aquellos actos. Luego sólo puede admitirse la opinión de Burdach, si dijera que "en los excesos sexuales la mujer da muestras de mayor vigor que el hombre", fórmula más justa que la tendenciosa que él esgrime.

Sé de sobra que el enamorado tipo imaginativo va a rechazar mis conclusiones. Pero a pesar de todo, esto es lo normal, pese a su convicción escéptica, en el mejor caso, producida por una *intoxicación* de idealismo que le tuvo desorientado durante la etapa preliminar de sus relaciones amorosas.

Aunque del noviazgo haya pasado al matrimonio, o sea de las tases de la conquista hasta la posesión, si se ha convertido en el enamorado amigo de su cónyuge, constituyendo para ello la base del matrimonio perfecto, el amor, que es el sentimiento que les ha unido, sentimiento de orden orgánico, nació en el idealismo que, pese a la fusión carnal, no morirá, no debe morir, como creyó en sus remotos soliloquios, sino que poco a poco, día tras día, irá intensificándose, consolidándose, pero sin vehemencias ni arrebatos pasionales capaces de traducirse en conmociones exterminadoras de esa calma tan precisa al mejor equilibrio conyugal.

Pero no olvide el marido que en el amor no es posible desintegrar en absoluto los elementos espirituales y físicos, y sólo un intento en este sentido evidenciaría el imperio de un grave error. El hombre que sólo atiende al lado físico de las relaciones sexuales se coloca, como

dijo Hinton, "al mismo nivel que el que escucha una sonata de violín de Beethoven, y se da cuenta únicamente del hecho físico, es decir, de que una mano rasca con unas crines de caballo unas tripas de carnero."

Balzac dijo que la mujer es como un arpa y que la belleza de sus notas dependía de la habilidad del hombre que la tocara. Y, por regla general, todas responden al objeto de la metáfora. Por esto no hay duda que cuando entre un matrimonio surge la disputa por cuestiones puramente sexuales, el hombre es el único culpable. Ocurrió que el arpa se había desafinado, y el músico, mal conocedor del instrumento, obstinóse en arrancar arpegios y acordes melodiosos, sin advertir que cuanto más rascaba las cuerdas flojas, más flojas se tornaban, y el instrumento con alma, a pesar de todo, no sabe o no puede expresar de una manera comprensible la inutilidad de tan obstinados esfuerzos.

¿Puede decirse por ello que el arpa se haya inutilizado? No. Pero ante la actitud inadecuada e inepta del falso artista, éste comienza por desorientarse y el instrumento acaba por comprender que en aquellas manos no es capaz de producir las notas sublimes de que es susceptible su alma. Entonces busca a quien sepa llenar misión tan primordial. Viene el hastío, la aversión, el odio. En suma, el adulterio.

El hombre, como citábamos en otro volumen, no debe procurarse un goce sin antes hacérselo desear a su mujer. Alrededor de esta sola afirmación creo que gira la armonía sexual de una pareja enamorada. Ha de tener siempre en cuenta que entre ambos existen marcadas diferencias fisiológicas y psicológicas. En una mujer, una nadería sin importancia, desde el punto de vista masculino, es bastante para absorber por entero su atención y su actividad. En este caso, mientras el motivo fundamental de la pueril preocupación no esté suficientemente satisfecho, es difícil que ella pueda prestarse a los deseos naturales de su marido. En cambio, si encuentra en el cónyuge un auxiliar eficaz para allanar la dificultad momentánea, responderá inmediatamente a sus excitaciones con ardor sincero y siempre estará dispuesta a complacerle. En la vida ordinaria esas pequeñas causas, inexplicables para el hombre, pueden traducirse también para él en efectos más inexplicables aún.

Asimismo es necesario que el hombre tenga en cuenta ciertos estados particulares de la mujer, tales como la menstruación, por ejemplo. Ella, en los primeros meses del matrimonio, establecerá una asociación íntima con su estado y la creencia de que puede causar asco a su marido. He aquí una manifestación de pudor. Además—ya ha-

blaremos de las relaciones sexuales durante el período menstrual, téngase en cuenta que el estado psíquico sufre alteraciones importantes, ya estudiadas en el volumen I, y en este caso el marido debe echar mano a toda su prudencia para enfrentarse con las consecuencias de esos trastornos, que a lo peor se manifiestan por una fuerte irritabilidad del carácter, por una predisposición al llanto, etc.

Entonces el marido dará pruebas de su sensatez y delicadeza respetando estas genialidades periódicas de su cara mitad, sometiéndose en un todo a sus caprichos, procurando no agravar más el estado en que se halla y observando una actitud de resignación que más tarde habrá de producir sus frutos beneficiosos.

Después de pasada la crisis, si el marido lo estima oportuno, debe justificar su actitud de transigencia anterior expresando su conciencia de que la ocasión le impedía contrariarla. Es posible que ello sirva para la amante de motivo de gratitud. Pero también nos parece oportuno advertir que hay muchas mujeres que suelen aprovecharse del estado de ánimo producido por sus estados periódicos, momento que consideran oportuno para intentar el logro de caprichos o placeres que en circunstancias ordinarias su marido habría de negarlas razonablemente. No olvidemos que la mujer, casi siempre, pretende tener razón en todas las discusiones: es una advertencia leal que hago a los amantes, a fin de que sepan a qué atenerse...

No es posible, en este aspecto, señalar normas de conducta perfectamente eficaces para lograr en absoluto la armonía espiritual de los amantes, porque la mujer, más que el hombre, está sujeta a tales esas modificaciones de carácter que hemos señalado y otras muchas que sería prolijo enumerar. No hemos hablado aún de las condiciones económicas del matrimonio, pero siempre es necesario tener presente el adagio que dice que "donde no hay harina, todo es mohina". Ahora bien, en oposición del citado dicho popular hay otro que, sobre poco más o menos, asegura: "Dos que duermen en un colchón, se vuelven de la misma opinión". Pero, verdaderamente, la eficacia de éste está siempre supeditada al enunciado del otro.

No obstante, convencidos de que uno de los puntales más sólidos de la armonía conyugal lo constituye la erótica, ya tendremos ocasión de aludir a este aspecto fundamental después de analizar con cierto detalle las circunstancias de índole más vulgar, por decirlo así.

Naturalmente, la técnica de las relaciones sexuales, que se inspire en los principios de higiene fisiológica y psicológica reseñados en páginas anteriores, tiene que dar, en la inmensa mayoría de los

casos, los mejores resultados con relación al prudente equilibrio espiritual y carnal de los cónyuges. Los matrimonios en los que sólo se da amplia satisfacción al instinto sin la necesaria complicidad de los recursos espirituales, no tardan en disolverse bajo el cáustico poderoso del hastío. Las mujeres y hombres más hermosos no son, por lo general, los mejores cónyuges. Un juez bonaerense me decía en cierta ocasión que, por lo general, cuando un marido presentaba demanda de divorcio en su despacho, con sólo leer los motivos en que se inspiraba la demanda, podía juzgar del grado de belleza de la demandada. Otro tanto sucedía con los hombres, y, según su expresión, "siempre resultaban *ricos tipos* estéticos, pero de intelectualidad rudimentaria o espiritualidad nula".

Esto demuestra que la animalidad, el instinto sexual exclusivamente como base de las uniones, no supone casi nunca una garantía de perpetuidad en la unión conyugal. El matrimonio, como ya hemos dicho, precisa de más fuertes cadenas, de elementos más puros, de determinantes más refinadas que las que pueden resultar de la belleza exclusivamente física como móvil esencial de las uniones. Unos volúmenes más adelante, en el titulado *Causas sexuales del divorcio,* creemos haber estudiado el tema en la amplitud debida para que el lector comprenda perfectamente la veracidad de nuestros asertos, inspirados, por otra parte, en el examen de los abundantes casos que señalamos para robustecer nuestra tesis.

Pero ya dentro del enunciado del presente volumen, puesto que nos referimos a la higiene de la vida sexual en términos generales, es preciso estudiar con cierto detenimiento, desde el punto de vista de la psicología sexual, las causas de atracción y repulsión más frecuentes que hombre y mujer pueden inspirarse mutuamente, aunque con relativa independencia de la base erótica, si es que es posible desvincular una cosa de otra. No obstante, la oportunidad de poseer ciertas confesiones hechas por personas a quienes traté, me dan ocasión de ensayar un estudio relativamente completo acerca de la atracción erótica, en algún caso insustituible, pese a la profunda aversión conyugal de los amantes.

El caso puede prestarse a servir de motivo a un profundo estudio psicológico; pero entonces invadiríamos un terreno distinto, que no es oportuno hollar por el momento. Ahora bien, es fácil que, desgraciadamente, algún lector pueda encontrar aquí el reflejo exacto de sus inquietudes conyugales para las que, en este terreno, no es posible

que resulten bastante eficaces nuestras conclusiones, que no pueden traducirse en consejos o pautas a seguir, y de ahí su ineficacia, ya que la índole de esas aversiones suele ser de muy difícil investigación y su tratamiento imposible, puesto que forman parte, ni más ni menos, del alma del individuo.

LOS FUNDAMENTOS DEL AMOR Y EL ODIO

¿Adónde vamos?—Atracción sexual.—El cendal que cae.—Castos y "calaveras".—La mujer no expresa sus necesidades.—Orígenes de la aversión.—Métodos distintos.—Falsa modestia.—El mayor responsable.—Miedo a la fecundación.—Siempre el mismo resultado.—Aversión localizada.—Odio matrimonial y pasión sexual.—Lo que las mujeres no perdonan.—Esposas de médicos.—La nave que naufraga.

Hace ya miles de años, yo creo que desde que la primer pareja humana apareció sobre la tierra, filósofos, sociólogos, teólogos, poetas y cuantos intelectuales han dispuesto de algún tiempo que perder, lo han dedicado, inexorablemente, a efectuar *ensayos*, como se dice ahora, acerca de la atracción y la repulsión que puede unir o separar a los dos sexos del género humano.

Ahora también, acaso con más atención que antes, parece que se prescinde un tanto del estudio de esas *filias* y *fobias* para que el primer plano de la atención investigadora lo ocupe el análisis de la atracción y la repulsión en el amor homosexual, que hay quien pretende elevarlo a la suprema categoría de la perfección sexual, fundándose, a falta de más importantes razones, en la embriología y en los ejemplos abundantes de las escalas zoológicas inferiores. Casi resulta que aquellos hombres y aquellas mujeres que, obedeciendo al mandato de las leyes naturales, se unen para entre otras cosas perpetuar la especie, son anormales desde tan pintoresco punto de vista de la armonía sexual.

Francamente, estos ensayos son, como si dijéramos, la última postura más elegante de los tratadistas que pretenden justificar las sinuosidades del sexo sin duda por no aterrorizarse ante la bancarrota sexual de la humanidad supercivilizada. Pero vamos a prescindir de todo esto, de lo que ya se tratará en otro volumen, y aludamos sólo a la unión sexual en los términos contenidos en el epígrafe.

Es evidente que no sólo entre las razas humanas que habitan en el globo, sino entre las especies animales también, la selección sexual normal se efectúa con el predominio casi exclusivo de las caracterís-ticas físicas más destacadas. Por lo tanto, una hembra ha de sentir por un macho hermoso más atracción que por otro que no reúna estas cualidades de la belleza, y viceversa. Entre los animales es fácil que este método de selección produzca los mejores resultados desde el punto de vista de la perfección física, pero en el orden espiritual nada podemos decir, pese a los esfuerzos que realizó Esopo.

Si entre los humanos hubiéramos de atenernos única y exclusivamente a las razones puramente biológicas, también pudiéramos fundar todas nuestras exigencias sexuales en los cánones estrictamente físicos: pero el caso no es igual. Aun entre los pueblos salvajes, donde su primitivismo puede acercarse un tanto a la expresión animal, la atracción recíproca de los sexos se funda, aparte de en los hechos físicos, en las manifestaciones espirituales más o menos rudimentarias, pero encajadas siempre en la ética de la raza o en la práctica de las costumbres.

Mas considerando el matrimonio o la unión ya efectuados, limitémonos a este solo aspecto en cuanto a la atracción y aversión, puesto que la elección del cónyuge ya se efectuó, incluso admitiendo que la base de la selección hubiese sido tanto psíquica como física. No obstante, los verdaderos caracteres de los enamorados amigos que se disponen a la práctica sexual no suelen manifestarse sino hasta después de transcurrido algún tiempo, que puede considerarse suficiente para que la iniciación o el apredizaje, o, mejor dicho, la identificación sexual supongan elementos suficientes para fundamentar en ellos el principio de una futura garantía en el orden del equilibrio conyugal.

Con la práctica conyugal, a la vez que se van desnudando los cuerpos en virtud de un proceso de aumento de confianza, también las almas van surgiendo a flor de piel y es entonces cuando el análisis recíproco de los defectos o cualidades puede hacerse con más seguridad, puesto que la consumación del matrimonio apartó de los ojos de ambos el cendal de idealismo que hizo exclamar a un poeta que el amor era ciego.

En otra parte ya hemos hablado de las consecuencias que puede acarrear a la futura vida matrimonial la torpe conducta del esposo en la primera noche de sus bodas, consecuencias que hemos dividido en psíquicas y físicas. Estas últimas, al correr del tiempo, pueden quedar anuladas o, a lo sumo, esfumadas en un vago recuerdo de



PROSTITUTA MARROQUÍ.
Entre estas pupilas del "Quartier privé" de Casablanca, el culto a la piel constituye el mayor atractivo, aparte de sus encantos.

LAMINA III



"Cocotte" parisién.

Estas profesionales del sexo conservan los signos de la juventud hasta edades relativamente avanzadas. Una higiene severa es la clave de su sugestiva presencia.

LAMINA IV

algo triste y doloroso. Pero las psíquicas, verdaderos traumatismos, como hemos visto, suelen prevalecer en los ánimos de una forma verdaderamente irreparable.

La abstinencia sexual del hombre durante su vida de soltero suele ser, aunque alguien lo dude, una causa de aversión en su compañera, lo mismo que una juventud alocada, de *conquistador empedernido*, produce efectos diametralmente opuestos.

Freud, en su notable estudio *Sexual-Probleme*, dice: "La completa abstinencia durante la juventud no es una buena preparación para el matrimonio. Las mujeres adivinan instintivamente y dan siempre su preferencia a aquellos de sus pretendientes que han dado pruebas de su virilidad con otras mujeres."

La doctora Ellen Key, al hablar de cierta clase de mujeres que desean y exigen una gran pureza en los hombres, se pregunta si las mujeres se dan cuenta del alcance que tiene para los hombres de poco mundo esa admiración y preferencia que éstas sienten por los hombres de experiencia, conocedores del corazón femenino. "Ese joven inexperto—dice—, que ha luchado denodadamente para defender su pureza erótica, con la esperanza de ver algún día recompensados sus trabajos por la amante sonrisa de una mujer, ve luego con sorpresa que la mujer le contempla con desdeñosa compasión, y, en cambio, hace gala de su admiración por el hombre corrido y mundano."

Don Juan Tenorio debió la mayoría de sus triunfos amatorios al *cartel* fabuloso de sus desmanes sexuales. Por lo demás, era un pobre hombre completamente degenerado. (Lámina VI.)

Por otra parte, siempre ha sucedido que los viejos calaveras despertaron en muchachitas jóvenes pasiones violentas y exageradas, por las que hicieron toda clase de locuras justificadas en el ánimo público, por el piadoso y equivocado concepto de ser "cosas de la poca edad", cuando realmente significan de una manera incuestionable la obediencia ciega al instinto, que no reconoce cuáles son los límites del convencionalismo social.

Este es un móvil de atracción masculina que, aunque moral desde el punto de vista sexual, es sólo epidérmico, por decirlo así, ya que sus efectos no son perdurables tanto como puedan serlo los de otros móviles de más fuerte significación.

Los literatos han traído y llevado la dilatadísima cuestión de la armonía conyugal en temas de innumerables novelas, como vivos jirones de la realidad. Está demostrado suficientemente que esta exigencia que se hace al marido y al amante, obligándole, en cierto modo, a

aproximarse a la mujer, animado del mismo espíritu y con la misma consideración que el músico cuando coje su instrumento, no es una exigencia de la mujer moderna: es de todos los tiempos.

Es universal el respeto y la consideración que en las relaciones sexuales demuestran hacia la hembra los animales inferiores al hombre; la "brutalidad" sexual sólo es frecuente, lejos de las "bestias", entre los hombres civilizados, y aun entonces es el resultado del prejuicio principalmente.

El amor de la mujer, desde el punto de vista netamente sexual, se desarrolla mucho más lentamente y en un período mucho más extenso que el amor del hombre. Encierra un significado verdaderamente psicológico el hecho de que el deseo del hombre por la mujer tienda a manifestarse espontáneamente, mientras que el deseo de la mujer por el hombre sólo se excita gradualmente, a medida que se desarrolla simultáneamente su relación hacia él. De ahí que su emoción sexual sea menos abstracta, que esté más íntimamente asociada al amante individual en quien está centrada.

A propósito de esto, Mary Wollstonecraft escribía a su amante Imlay: "El camino que conduce a mis sentidos, pasa por mi corazón; pero perdóname si creo que el que conduce a los tuyos es mucho más corto."

Esta mujer hablaba desconociendo en absoluto la psicología masculina, pues si así hubiera sido no tendría por qué haber demandado perdón por el sentido de lo que escribía. Es evidente que el hombre alcanza a veces el grado sumo de capacidad de amor físico en un solo paso, y, al parecer, sus límites psíquicos se obtienen con la misma facilidad. Esto constituye un hecho sólido en el que se apoya la afirmación, nada aventurada, de que la mujer es monógama y el hombre polígamo.

Todos los tratadistas que han hablado del arte de amar, desde Ovidio a nuestros días, lo mismo los escritores del cristianismo que aquellos que no se rigieron por las tradiciones europeas y cristianas, reconocen que las necesidades del amor sexual en la mujer no pueden expresarse, porque requieren ser adivinadas por el hombre. Zacchia, un célebre tratadista médicolegal, dice que el marido debe esperar atento las señales del deseo sexual que manifiesta su mujer. "Las mujeres—dice—, cuando se despierta en ellas el deseo sexual, acostumbran a hacer a sus maridos preguntas sobre el amor; los acarician y besan; dejan que, como por descuido, quede desnuda alguna parte de sus cuerpos; sus pechos se hinchan; dan pruebas de una

gran viveza; se sonrojan y tartamudean; sus ojos brillan, y si sienten un deseo exagerado, hablan sin darse cuenta de lo que dicen y lo que hacen. Sus partes privadas adquieren al propio tiempo un gran calor y, al parecer, se inflaman. Todas estas señales deberán convencer al marido, por poco atento que sea, que su mujer desea satisfacer su pasión."

Así hablaba un sabio hacia el año de 1632, justamente hace trescientos años. Pero si desde entonces a la fecha un hombre o una mujer inteligentes no pueden negar valor a tan antiguas manifestaciones, es porque ellas son demasiado vulgares y epidérmicas para que pasen desapercibidas, aparte de que todas ellas es muy difícil que se produzcan a la vez para expresar el anhelo del placer sexual.

Si las muestras físicas de la psicosexualidad femenina fuesen del volumen que Zacchia las atribuye, puede decirse que no habría amantes inexpertos o al menos víctimas de su torpe conducta conyugal.

El hombre, desde el momento que inicia el juego amoroso, ya está excitado, en tanto que su compañera sólo va progresando muy lentamente en el mismo terreno. Y sucede que ese fuerte grado de excitación masculina se traduce bien pronto en orgasmo agotador, cuya consecuencia, si no existen grandes recursos psíquicos, como sucede al cabo de algunos meses de matrimonio, produce un estado de flacidez del pene, que queda incapacitado para satisfacer los anhelos eróticos ascendentes de la mujer.

El marido debe ajustarse a las necesidades de su mujer por medio de sus fuerzas sexuales, si las tiene, y con suavidad y sus atenciones, cuando carece de aquéllas. En el volumen VIII de estos TEMAS estudiaremos con todo detalle la erótica como fundamento de la armonía sexual.

Los pocos hombres que poseen una potencia genital capaz de satisfacer a una mujer sin daño para él, son, como dice el profesor Benedikt, verdaderos "atletas sexuales", y suelen casi siempre dominar en absoluto a la mujer. Pero estos tipos parecen haberse esfumado en las manifestaciones sexuales del siglo XX.

Cuando el hombre no se conduce sabiendo tocar los resortes adecuados de su cónyuge, las consecuencias son desastrosas, no haciéndose esperar demasiado el hastío, la repugnancia de ella hacia el acto y, a la vez, hacia el marido. Y es que la recién casada no puede adivinar por sí sola que los repetidos orgasmos que a ella indudablemente la vigorizan y embellecen ejercen una influencia muy distinta en su marido; ignora que le rinden, le cansan y le agotan sobremane-

ra, y que su orgullo varonil le impulsa a ocultar a su mujer este hecho.

La joven esposa, en su absoluta inocencia, o, mejor dicho, en su completa incultura en materia sexual, ignora que logra su placer propio a costa de la salud de su esposo; que lo que para ella no es un exceso, puede serlo, y muy grave, para él. La mujer que no ignora estas cosas—cómo, por ejemplo, una viuda que contraiga segundas nupcias—, tiene buen cuidado de evitar a su marido todo cansancio en este sentido, y reprime su propio ardor, porque sabe que al hombre se le hace violento confesar que es incapaz de satisfacer los deseos exagerados de su mujer.

Es indiscutible que el hombre inteligente y de temperamento sensible, sea cual fuere su educación y entrenamiento sexual, podrá a veces, a fuerza de paciencia y de atenciones, vencer las dificultades que la ignorancia y los prejuicios que forman casi siempre la educación erótica de la mujer oponen al desarrollo del verdadero amor; pero es innegable también que la mayor parte de los hombres tampoco están preparados para la tarea de iniciar y enseñar a su mujer los misterios del lecho conyugal.

El entrenamiento y la experiencia que el hombre adquiere en su trato con las prostitutas, aun cuando éste se verifique en las mejores condiciones posibles, no es el entrenamiento apropiado, ni el que el marido necesita para iniciar a una mujer de su clase, desconocedora del lado erótico de la vida y de los resortes y obligaciones del amor.

El resultado es que el marido titubea entre dos métodos distintos y opuestos, ambos equivocados: o bien se expone a tratar a su mujer como una prostituta, o como una novicia que desea amoldar a las costumbres que a él más le placen, en cuyo caso corre el riesgo de pervertirla o de asquearla, o bien, comprendiendo que la divinidad y la pureza de su esposa la colocan por encima de las otras mujeres que ha conocido, se pasa al extremo opuesto y la trata con una deferencia y consideración tales, que no consigue ni despertar su amor, ni lograr satisfacer sus necesidades eróticas.

Sería sumamente difícil afirmar cuál de estos métodos es más perjudicial, pero el resultado de ambos suele ser el mismo; por ellos muchos matrimonios nominales no llegan a ser jamás matrimonios verdaderos y completos, iniciándose al aversión sexual a partir de los primeros transportes eróticos, que dan origen al desencanto.

Un hombre refiere lo siguiente a este propósito: "La primera noche, a mi mujer le pareció el acto sumamente doloroso, y se asustó y sorprendió desagradablemente al ver el tamaño del pene y al sentir que me apoderaba de ella. Habíamos hablado con gran franqueza acerca de materias sexuales antes de nuestro matrimonio, y, por lo tanto, yo no sospechaba que ignorase los detalles del acto carnal. Temí disgustarla hablándole de estas cosas; pero ahora comprendo que debí explicarle todo detalladamente. Antes de casarme pensé que el respeto que me merecía mi mujer excluía la posibilidad de hablarle de cosas escabrosas; también resolví no obligarla jamás a cometer lo que creí entonces eran acciones sucias y anormales, como el estar yo desnudo y el pedirle a ella que también lo estuviera. En una palabra: me hice víctima de la falsa modestia por una reacción artificiosa nacida del género de vida que había sostenido antes de casarme. Ahora he variado por completo de parecer; creo que si se quiere a una mujer, todo lo que con ella se haga es natural y normal. Si yo no hubiese tenido el practicar ciertos actos con ella, tal vez se hubiera establecido entre nosotros una simpatía sexual que me habría unido a ella más íntimamente de lo que estoy."

Las causas netamente sexuales de la aversión por parte de la mujer hacia el amante, hemos de repetir que no se fundamentan exclusivamente en la conducta de ella; por regla general, en mayor o en menor medida, siempre es él el responsable.

En cierto modo, la culpabilidad de la mujer puede tener evidencia si establecemos el hecho de la diferencia de potencialidad sexual que entre ambos existe. Puede suceder que, después de uno, dos, tres o más coitos realizados por el hombre en virtud de su mayor excitabilidad y predisposición natural para el acto, la mujer no haya experimentado más que un solo orgasmo, que, lejos de dejarla plenamente satisfecha, no habrá servido para otra cosa que para excitarla deseando inmediatamente la satisfacción plena de su erotismo. El agotamiento real producido en él por el esfuerzo, no hay duda que le imposibilita para continuar y, aún más, para seguir despierto. En tanto, ¿qué hará la mujer? A mi juicio, no la queda otro recurso que masturbarse, o, en otro caso, renunciar a los placeres que ansía. Ambas soluciones tienen inconvenientes gravísimos, que no son difíciles de presumir. En primer lugar, ella no podrá sustraerse a la convicción de que en los contactos de otro día va a suceder lo mismo, lo que ya es bastante para que la excitación preliminar sea costosa al marido, que en las operaciones lógicas perderá potencialidad a cada orgasmo que experimente: nos encontramos dentro de un círculo vicioso. Por otra parte, la masturbación la ofrecerá emociones más intensas que

el contacto normal, y terminará por aficionarse a tales prácticas, que estimará insustituíbles.

Entre tanto, el marido, poco experto para deleitar a su cónyuge en la forma que sus derechos reclaman, advertirá que ella se presta de mala gana, de una manera pasiva, a satisfacer los deseos de él, y al comprobar que su esposa no participa completamente del acto, si es sensible, después de una vez, un día, otro y muchos más, verá que los estimulantes psíquicos que se contienen en la actitud correcta de la mujer, como demostración de su grado de pasión, en su esposa no existen, han desaparecido. Terminará por verla convertida en un instrumento pasivo carente de interés erótico, de espiritualidad nula o hiperestesiada: ambos extremos son siempre igualmente perniciosos; pero el término medio, esa mezcla de esposa y querida que él desearía, no logrará hacerla resurgir mientras no modifique su técnica equivocada o instintivamente egoísta.

No hablemos de los casos muy frecuentes de frigidez femenina, que a veces no son capaces de remediar ni los más inteligentes tratamientos médicos. Si esto es así, ¿qué puede esperar el marido de su existencia conyugal?...

Hay más aún. Una mujer que desde los primeros años de su juventud se aficionó a los vicios solitarios o a las prácticas homosexuales tampoco puede ser buena amante en el terreno de la erótica matrimonial. Estos vicios, que ya han de tener en su temperamento un arraigo infortunado, no es posible que el marido consiga desterrarlos recurriendo a los métodos que le indique su perfecta orientación sexual.

Por otra parte, no ya la mujer frígida, sino la que está normalmente constituída, puede ser presa de un temor invencible: la fecundación y sus consecuencias. En este caso, su egocentrismo, el amor a sí misma, será superior al que pueda inspirarle su cónyuge. Sabe que un embarazo trae consigo no sólo molestias y trastornos que soportaría de buen o mal grado, sino el derrumbamiento de su *yo* estético: el vientre voluminoso, las manchas en el rostro, la prohibición de ciertos placeres, las arrugas que acaban con la tersura del vientre, la caída de los senos... Piensa en todo esto, y por impedirlo sacrificaría cuanto estuviese a su alcance. No es posible convencerla de que la maternidad procura a la mujer su forma más bella y completa, y que esas arrugas y esos trastornos no existen cuando una inteligencia elemental dicta las normas higiénicas que deben seguirse para que la estética no padezca, a lo sumo más de

tres o cuatro meses. ¡Cuántas absurdas y bestiales creencias se fomentan al calor de la ignorancia!...

A pesar de todo, para remediar estos males que la mujer estima inevitables, en virtud de su escasa instrucción, se han ideado los contraconceptivos. Claro es que como el empleo de tales medios requiere ciertos cuidados higiénicos que, al fin y a la postre se traducen en incomodidades casi insoportables, ellas, en gracia a su característica indolencia resultante del estado que ocasiona la práctica sexual a seguida del acto, no encuentran eficacia digna de erigirse en garantía precisa. Puede ser que, después de obligar al marido a excitarlas por medios artificiales, le obliguen también a practicar el *coitus interruptus*, el más viejo y usado método contraconceptivo que existe, y que a la vez resulta el más cómodo para la mujer y también el más limpio, puesto que no la pone en el trance de tenerse que limpiar siquiera los genitales. El horror a la higiene puede conducir a muchas mujeres a estos extremos antinaturales y nocivos, como veremos en otro volumen (1).

El ilustre ginecólogo holandés Dr. Th. H. Van de Velde, tal vez el primer tratadista que ha estudiado con indiscutible acierto la psicosexualidad conyugal exclusivamente—y decimos "conyugal" en el sentido legal o religioso de la palabra—, en su notabilísima obra sobre la aversión matrimonial, análisis completísimo de tan importante tema, escribe: "También en el caso de que el marido no haya sabido desarrollar y hacer evolucionar la capacidad sensitiva sexual de su esposa, sólo parcialmente desarrollada en su tiempo, no existe para ésta otro hombre, ya que considera el juramento de fidelidad que prestó ante el altar como un dogma de su fe. Una mujer en tal estado, intenta hallar de un modo inconsciente y sin vías secundarias la salvación en la reversión de la sexualidad, sólo para, de este modo, escapar a los peligros que encierra en sí el desplazamiento efectuado. Pero también en este caso el resultado es la aversión hacia el marido."

En otra parte afirma lo siguiente: "Es relativamente pequeño el peligro de que el hombre llegue de esta suerte a la aversión contra todo el sexo femenino, y, para ello, existen dos razones poderosísimas: en primer lugar (y haciendo caso omiso de estados físicos excepcionales, que tal vez hicieran imposible el coito), el marido sólo puede quedar insatisfecho sexualmente de una manera relativa. Aunque

(1) El autor trata con todo detalle los trastornos que produce la interrupción del coito, esto es, el *coitus interruptus*, en el volumen IX, titulado *Imposibilidad del goce.—(Nota del editor.)*

su esposa no pueda brindarle la dicha amorosa que anhelaba, siempre logrará, sin embargo, el orgasmo, la eyaculación, resultante obligada de esta clase de efectos fisiológicos. De todas maneras alcanzará su satisfacción corporal un relajamiento de la tensión existente, como también quedará anulada, al menos parcialmente, la tensión psíquica que existía antes del coito.

"De un modo más acentuado se manifiesta en tales circunstancias, es decir, en el momento de la reacción, la sensación de un desencanto anímico, que, unido al disgusto, a la aversión y hasta combinado con el asco, puede conducir a un verdadero odio, aunque momentáneo, hacia su compañera, la cual le ha robado un dulce sueño, un ardiente deseo (sentido quizá sólo de momento). Y en aquellos casos en que se repiten cada vez tales sensaciones, llegan a adquirir un carácter crónico, aunque en medida más débil que en el verdadero afecto. Tenemos, pues, un buen ejemplo para el sentimiento del odio, que se manifiesta repentinamente, en su calidad de inversión de la atracción sexual, siendo al propio tiempo el correlativo negativo del amor para la aversión sexual, menos acentuada, pero esencialmente importante y acaso duradera. El hecho de que, por regla general, el marido es el que tiene la culpa de que su mujer no sepa contentarle, satisfacerle plenamente, ya que no supo prodigarla la enseñanza suficiente en lides amorosas, sexuales, en nada puede variar la aversión existente, más que nada, por la sencilla razón de que el mismo marido generalmente ni aún se da cuenta de que la culpa es suya, o, por lo menos, no quiere reconocerlo así.

"Ahora bien: La aversión sexual que trato en estas líneas sólo se dirige contra una mujer determinada, pero jamás contra todas las mujeres en general. Acabamos de exponer la primera razón de este fenómeno. La segunda consiste en que el hombre tiene múltiples ocasiones de resarcirse con otras mujeres. Por lo que respecta a esto tiene menos escrúpulos y más ocasiones propicias de hallar una compañera en concordancia con sus ardientes anhelos. Pero cuanta más importancia dé entonces a la concordancia perfecta, menos probabilidades tendrá el hombre de lograr su fin. Precisamente, en esto se basa la manifestación, tan importante como fácilmente comprensible, de que el mayor idealista en cuestiones amorosas, caso de que busque su dicha en la posesión y no en la donación, corre el peligro enorme de hacerse pesimista, por lo que respecta al capítulo mujer, y entonces experimentará que su aversión sexual contra una o algunas mujeres se convertirá en repulsión hacia todo el sexo femenino."

En otra parte de su interesante obra, el aludido tratadista sostiene que "la repulsión se manifiesta con mayor claridad cuanto menor es el efecto que produce la atracción erótica". Por regla general, estoy de acuerdo con Van de Velde en que las cosas suceden de esta manera; pero como no hay regla sin excepción, me parece oportuno exponer una excepción de la regla:

Sé de un matrimonio joven: él, ingeniero, que hizo casi toda la carrera en Bélgica, Alemania, Suiza y Estados Unidos, y ella, hermosa muchacha de veintidós años, también educada a la moderna, e hija de una familia perfectamente honesta. Expongo estas particularidades para evidenciar el grado de educación y cultura de ambos cónyuges, y que no pueda atribuirse a un defecto común en este orden la aversión recíproca que se tenían.

Durante los primeros meses de matrimonio todo fué muy bien y nada parecía existir que algún día trocase la pasión en un odio acendrado. No obstante creo sincero advertir que desconozco las causas primarias de la aversión matrimonial, aunque las de la atracción sexual específica fuesen tan violentas y sólidas que sólo pudieran explicarse por un caso de sadismo.

Me atrevo a suponer que la disparidad acentuada entre el carácter de uno y otro se traduciría, en la expresión vulgar, por una ecuación de soberbia indomable. En este caso supuesto, ya no podemos denominar disparidad, sino identidad de temperamentos, que, a la corta o a la larga, en el matrimonio se traduce por la aversión más franca.

Era fama entre las personas que les rodeaban la imposibilidad de que pudiese existir una pareja peor avenida; pues prescindiendo de los naturales temores a los prejuicios sociales, a las conversaciones de la servidumbre y a la opinión de los amigos, era raro el día que la tragedia no se repitiese con los caracteres acostumbrados de voces, lágrimas, improperios, vajillas pulverizadas y toda esa *encantadora* secuela de accidentes que hacen del matrimonio un infierno.

Pero lo más curioso del caso, o sea la síntesis de la excepción de la regla general, lo constituía el hecho de que, a pesar de todo, y según el testimonio del marido, corroborado después por ella, la reciprocidad de atracción era tan fuerte, que por la imaginación de ambos no pasó ni por un instante la idea de pensar en un amante, aunque ambos, muchas veces, según sus testimonios, sintieron la obsesión alucinante de homicidas instintos de exterminio. Al cabo de dos años de matrimonio, o sea año y medio después de manifestarse la aversión conyugal, terminaron su drama con la separación.

De este caso auténtico se infiere que el atractivo de las dos partes de este matrimonio era exclusivamente físico, carnal, animal, en una palabra. Psicológicamente, si existió alguna base de atracción, debió ser tan débil que no tardó en derrumbarse por el choque de los caracteres. Como es lógico, la separación sobrevino cuando la atracción recíproca puramente sexual dejó de ser un excitante primordial, por virtud del hastío a que indudablemente debieron llegar los cónyuges.

A más de los motivos de aversión señalados, hay otros que aunque a la apreciación del observador puedan ofrecerse como pueriles y carentes de una importancia capital, para un psicólogo no resultan así. Voltaire dijo: "Hay dos cosas que no pueden perdonar las mujeres: el sueño y los negocios."

Esta apreciación del filósofo francés, que tiene un sentido universal, lleva consigo la explicación de muchos desastres conyugales. Cuando el matrimonio se estableciese a base de que él y ella estuviesen plenamente identificados en el ejercicio de una actividad o de una obligación que a ambos impusiese disciplinas idénticas, es fácil que la opinión de Voltaire no tuviera una aplicación inmediata.

Pero por lo general, en la práctica de la vida no ocurre esto, ya que el papel de la mujer ha de ser doméstico en mayor o menor proporción, pero, desde luego, muy diferente al del hombre que ha de buscar fuera de casa o dentro de su hogar mismo los recursos necesarios para subvenir a las necesidades conyugales.

Hay esposas de médicos que no se explican la razón de por qué una mujer ha de dar a luz a las cuatro de la madrugada, obligando al médico a abandonar el lecho, y no habían de hacerlo a las cuatro de la tarde, que es la hora precisa en que el marido acostumbra a hacer la tertulia en el café. Y perdonan menos aún que algunas clientas agraciadas padezcan enfermedades que las obliguen a reclamar los auxilios facultativos más de dos veces seguidas.

No es posible que en un estudio de la naturaleza de estos temas tenga cabida la exposición detallada de todos los motivos de atracción y repulsión susceptibles de producirse en la vida sexual de dos amantes. Analizar al detalle los fundamentos del amor y el odio y profundizar en el aspecto psicológico de cada caso, representaría una labor no sólo muy dilatada, sino seguramente enojosa para el lector.

Hemos aludido y expuesto casos típicos, tal vez los más frecuentes, de aversión y atracción sexual en la vida matrimonial u otra de equivalencia semejante. De la atracción, especialmente, estimamos que no es necesario hablar demasiado: para conocer en qué consiste, basta

haber analizado los motivos de la aversión, y entonces verá el lector que anulando las causas que producen ésta, habremos de encontrarnos en el camino de lograr aquélla.

La aversión, por lo regular, sólo se provoca de una manera inconsciente o semiinconsciente; esto es, en el primer caso, cuando uno de los amantes, obrando con arreglo a sus inspiraciones trata de complacer sus propios deseos, sin ocuparse de los del otro, y, en el segundo, cuando se ejecutan actos de los cuales se tiene la sospecha que "acaso" puedan desagradar al amante. Un hombre o una mujer que por propia iniciativa operen en el terreno sexual sin previa consulta, si después de realizado el acto inquieren la opinión de aquél sobre quién se efectuó el ensayo, es fácil que, sólo por cortesía, conteste con una frase de aprobación; pero en el fondo de todo quedará un germen que acaso se convierta en algo peligroso...

Esto, en el aspecto sexual neto; en los demás de la vida conyugal, también existen numerosos escollos contra los que, de cuando en cuando, la frágil nave idealista en que los esposos navegan suele tropezar con un fragor siniestro de quilla que cruje, de armazón que se resquebraja y vajillas que se decabalan, obligando al desmantelado barco a *entrar en carena*, o *en barrena*, como dicen los aviadores, si queremos comparar el equilibrio conyugal con un "Fokker" o un "Havilland"...

Otro motivo *pasional* de aversión, valga la paradoja, lo constituyen los celos cuando se inspiran en motivos que no existen más que en la imaginación de uno u otro, y, más frecuentemente, en la de la mujer. Ya aclararemos esto suficientemente, porque este complejo sentimental casi parece indescifrable. Veamos, pues, el capítulo siguiente.

LOS CELOS

Definición.—Celos infundados.—Factores determinantes.—Finalidad de los celos.—Lo que la mujer persigue.—La eterna canción.—Procedimientos.—De la sospecha a la realidad.—Las absorbentes.—La histérica.—Celos de hombre.—Origen instintivo de los celos.—Los animales.—Papel social.—Herencia de animalidad.—Infiernos de odio.—Incompatibilidad con la civilización.

La nueva generación culta dice que "los celos no son elegantes". Y quizá no falte razón a los defensores de la original teoría. Yo creo que si aquel gran hombre que se llamó Shakespeare resucitase, renegaría de haber escrito "Otelo", y haría resucitar a la infeliz Desdémona, aconsejándola que buscase una plaza de *star* en la "Paramount", recomendación que haría extensiva a su feroz marido.

La civilización va acabando poco a poco con los celos como móvil de "crimen pasional". No obstante, las estadísticas judiciales no dejan nunca en blanco las casillas que se refieren a esa figura del delito, si bien en algunos países resulta completamente desconocida.

Pero dejémonos de consideraciones, puesto que no hay lugar para ello, y entremos en materia.

En primer lugar, ¿qué son los celos?... Un aforismo dice, por ejemplo: "Es una pasión que busca ansiosamente lo que proporciona sufrimiento". Pero no es clara la definición: hay otras más concretas, más explícitas. Yo, sinceramente, no puedo hacer ninguna, porque el tema es tan viejo, ha sido tan manoseado desde el dramaturgo hasta el adolescente que se enamora, que nada de lo que se diga a este respecto tendría originalidad. A lo sumo, me atrevería a definirlos diciendo, sobre poco más o menos: "Las celos son el método expiatorio que el marido impone a la esposa o la esposa al marido, en castigo de haber aceptado una unión sexual perdurable." No encuentro otra explicación que más me agrade a mí mismo. Y esto, porque, ahora en serio, creo honradamente que cuando los celos se apoderan de

uno de los cónyuges, fundados o no, es más cómodo optar por la anulación del contrato que demostrar la inexistencia o anular la existencia del motivo. La solución que propongo, sé de sobra que no es muy moral; pero que es natural, no cabe la menor duda: al menos es biológica.

Y al llegar a este punto, entramos otra vez de lleno en las causas primordiales de la aversión sexual, que trataremos de analizar seguidamente.

Seamos indulgentes y tomemos como base de nuestras disertaciones los celos infundados, los que sólo tienen explicación en el sentimiento del desdichado que se complace, no sólo atormentándose, sino haciendo imposible la vida de aquél a quien se ha unido en demanda de mejor fortuna. Por lo general, ya lo hemos dicho, es la mujer quien aporta todo el material que sirve para construir los basamentos de la aversión. Si es el hombre, mientras se trate de un individuo normalmente equilibrado, sin grandes taras neuropáticas (en cuyo caso la falsa interpretación de la conducta de su amante obedecería a una causa de origen patológico), es difícil que ella, si le ama y preocupa su bienestar, no consiga inmediatamente desvanecer en su ánimo toda sospecha, lo que, de paso, dará lugar a que el amor que la profese crezca en intensidad. No obstante, nos proponemos analizar los celos en todos sus aspectos.

Como factores determinantes de los celos conyugales hemos de tener en cuenta los siguientes: primero, las *ofensas,* por decirlo así, inferidas a los sentimientos amorosos de un amante por el otro, esto es, cuando el adulterio ha sido real y el cónyuge engañado ha tenido conocimiento del hecho; segundo, la *envidia* intensa que uno de los amantes experimenta porque el otro haya tenido atenciones, distinciones, deferencias, etc., naturales incluso en el terreno de la moral más rígida, con otra persona de distinto sexo, y tercero, los actos ejecutados también por uno de los cónyuges que en el ánimo del otro representen una amenaza hacia el dominio exclusivo que uno pretende tener siempre sobre los actos del otro.

En el primer caso, no hay duda que el motivo—si el amante ofendido está enamorado del ofensor—, el traumatismo psíquico asentado de tal forma en los sentimientos más sensibles, sea bastante para que la tragedia estalle, o, en otro caso, una reacción poderosa de la voluntad que nace en el orgullo mancillado, en la dignidad ofendida, convierta inmediatamente el amor en odio, o, lo que es peor, en indiferencia absoluta. Esto, que en los países democráticos modernos aporta suficientes motivos para el divorcio, no produce idénticos resultados en el hombre que en la mujer. Es necesario confesar que ellas, por lo general, saben perdonar, aunque no olviden; ellos en cambio —siempre hablamos en el plano de que el amor conyugal sea eminentemente sincero—, sólo perdonan y hasta olvidan cuando la separación se ha establecido. En el caso de que por encima de los sagrados intereses del amor predominen otros de índole distinta que hemos de traducir por la falta de "orientación monopolizadora", por decir así, en el terreno sexual normal surgen la mujer que consiente y el cornudo consciente. Pero estos aspectos que se rebelan contra la regla moral, ya no han de merecer nuestra atención para estudiarlos en este terreno, por la sencilla razón de que se salen de él.

Entre los dos factores primeramente señalados, cuya diferenciación inicial es tan exacta, vemos que el complejo sentimental se manifiesta de una forma clara y diáfana, pudiendo dividirlos en celos sexuales y no sexuales. Ahora bien, el tercer elemento que parece no tener importancia, puesto que no se refiere a las atenciones del amante hacia una persona de distinto sexo, o, en todo caso de sexo diferente, pero que por su edad u otras circunstancias es imposible en absoluto establecer relaciones sexuales con ella, este tercer elemento, repito, también es causa frecuentísima de aversión conyugal, y, como casi siempre, más en la mujer que en el hombre, aunque éste acabe por situarse en el mismo plano de odio en virtud de la molestia, la insistencia y la injusticia de las acusaciones, de las recriminaciones o de las sospechas. Si ambos cónyuges, no obstante, como dije antes, gozan de perfecta salud mental, bien poco es lo que hay que temer: más si tales trastornos toman caracteres neuropáticos, la partida del equilibrio conyugal está perdida para siempre.

No hay duda que los celos, siempre, absolutamente siempre, se caracterizan por dos síntomas típicos de la neurosis bien conocidos: la pesadumbre infinita en que se sume el afectado y la disminución violenta de su capacidad de trabajo y de todas sus actividades vitales.

"La finalidad de los celos—afirma Van de Velde—resulta clarísima: el dominio exclusivo sobre el otro ser. Los medios para lograr el fin propuesto, pueden tener un carácter agresivo, tiránico; pero también pueden ejercer su efecto por vía indirecta. En este caso los celos se muestran bajo la mascarilla de un mártir resignado, que da muestras continuas de que aquellos no existen, prueba palpable de su innegable presencia."

Y ya que citamos al sabio holandés, veamos cómo desarrolla tema

tan interesantísimo y que demuestra haber estudiado con atención singular entre todos los tratadistas: "Son especialmente las mujeres las que suelen emplear con predilección este último método para lograr y conservar su dominio absoluto. Tiene la ventaja en el hombre, de un modo especial cuando éste "no está libre de mancha y pecado", de producir en él un sentimiento aumentado de culpabilidad, ya que abusa de la "libertad" (aunque es libertad aparente) que le concede su mujer. Y es precisamente provocando en él tal sensación de culpabilidad como, por regla general, logra la mujer "sujetar" a su marido. La eminente doctora Alice Buhl-Gerstel ve en tales intentos por parte de la mujer, el modo de asegurarse la posesión exclusiva de su esposo, y considera, por tanto, los celos como una manifestación del anhelo, específicamente femenino, de asegurarse la posesión de un firme apoyo en su vida. Aunque no es preciso estar de acuerdo en todos los puntos con dicha autora, hay que reconocer, sin embargo, que en su estudio, puramente científico y libre de toda tendencia, realizado por una mujer y respecto a los celos femeninos, hay cosas dignas de ser meditadas tanto por mujeres como por hombres."

No sé a qué puntos se referirá el tratadista para su desacuerdo con las afirmaciones de la citada doctora. Por mi parte, no creo que la mujer, en sus celos, tenga la tendencia "de asegurarse la posesión de un firme apoyo en su vida". Digamos, en verdad, que la mujer en amor, es más altruísta que el hombre, cuando, naturalmente, está enamorada. No dudo que lo que persiga sea asegurarse el amor del hombre amado; pero ese apoyo que él pudiera ofrecerla, independiente de la reciprocidad amorosa que reclama, no le es necesario a la mujer actual en ningún orden, y menos si en nuestras suposiciones invadimos el terreno social o económico.

En la mujer los celos no se inspiran sólo en la presencia de una rival existente o imaginaria, que es lo que, con elementos contrarios, sucede siempre en el hombre: la mujer, en su especie de "manía persecutoria", amplía su molestísimo y pernicioso radio de acción a todo aquello que sea susceptible de inspirar a su marido cariño, afecto o como queramos llamarlo. Esto que no ignoran los hombres y que con más conocimiento de causa, saben de sobra las mujeres, ofrece aspectos curiosísimos muy dignos de ser detenidamente expuestos.

Estos móviles simples y fútiles, estas pequeñísimas causas de las grimitas, reproches y crisis histéricas de las mujeres, se traducen, siempre, en los enormes efectos de la desavenencia y el odio sexual y conyugal. Ellas, más o menos sinceramente, atacan, zahieren, re-



EL DULCE LETARGO.

Chaplin, un célebre pintor francés, interpretó en este cuadro la expresión fiel de una mujer plenamente satisfecha en sus anhelos sexuales.

LAMINA V



Don Juan Tenorio. (Según Molière, en su obra "Don Juan").
Pese a su fama de conquistador empedernido, de "castigador", como se dice ahora, el personaje de Zorrilla fué un pobre enfermo sexual.

LAMINA VI

dan y muestran el estado de ánimo que las producen esos celos estúpidos, infundados y absurdos. El marido, por correctísimo que sea, ante la injusticia de las acusaciones o lo intolerante de la eterna sonata, digámoslo gráficamente, se harta y se aburre del mismo disco que aquel gramófono que es su mujer hace girar incesantemente...

En el caso de estas mujeres, generalmente grandes imaginativas y, como todos los imaginativos, con una veleta en la cabeza, los celos pueden recibir también el título de "envidia". Estas deficientes mentales y, también, deficientes de educación social la mayoría de las veces, jamás confiesan, ni aún a sí mismas, cuál es el verdadero motivo de sus preocupaciones y tormentos. No vamos a llamar orgullo a esta actitud, aunque se le parece bastante. No olvidemos cuanto hemos dicho acerca de la idiosincrasia femenina.

El amor que profesan a sus amantes es sincero, pero equivocado en sus expresiones. Para *vengarse* del sufrimiento que, según ellas, la conducta del amante las produce, recurren a las más variadas comedias: el recuerdo de un antiguo novio, lo que un hombre acaba de decirlas en la calle, las miradas del vecino... Y cuando el marido, fuerte de espíritu, oye tales tonterías como quien oye llover y no da ni la más mínima muestra de alteración, la desesperación de la histerocómica llega al colmo, y entonces, tened por bien seguro que recurrirá a todos los procedimientos imaginables para "daros el día".

Puede existir el peligro de que el marido no sea de tan buena conformidad, y entonces, es fácil que, o se indigne y se marche de casa, o, creyendo en la posibilidad de las denuncias que le hizo la celosa, vaya a pedir explicaciones al pacífico y honesto vecino de enfrente, que a lo mejor sólo se ocupó de ella para pensar que o se levantaba tarde, o no debía peinarse en todo el día, a juzgar por las greñas conque solía asomarse al balcón. Lo que, como vemos, es completamente distinto a lo imaginado por la celosa para soltar sus *ballons d'essai*, o, dicho en español claro, globitos, para ver cuál es el rumbo del viento...

Una mujer de este tipo no se detiene ante la posibilidad del ridículo que pueda correr su marido ni la merma que, ejecutando los actos inspirados por ella, pueda sufrir en su prestigio, en el concepto que de él tengan sus amistades, etc.

Los celos o la envidia, como queramos decir, que experimentan, se inspiran en el cariño que el amante pueda profesar a sus padres, a sus hijos, a sus amigos o conocidos, y, en otro orden, a la atención obligada que él haya de prestar a sus negocios, a su trabajo, a sus

libros, a sus aficiones literarias, poéticas o musicales, etc., etc. Un filósofo ha dicho que "los libros y los negocios son considerados por la mujer como los mayores contrincantes en la lucha por su favor". Yo creo que todo aquello que sea susceptible de deleitar al hombre, aun en el más honesto de los sentidos, es para una celosa motivo sobrado para que se desaten sus crisis.

Estos celos, además, tienen la particularidad de extenderse, no solo hacia las cosas inanimadas, sino hasta el pretérito e incluso al porvenir.

El desdichado que ha de habérselas con una mujer de esta naturaleza, más encajada en el marco de lo patológico que en los cuadros de la normalidad, cuando ya está cansado de esgrimir argumentos y aducir razones para demostrar la inexistencia de esos motivos que le amargan la vida, le restan capacidad y entusiasmos para el trabajo y le ponen en el trance angustioso de recurrir a métodos violentos, procura que la sospecha infundada se convierta en realidad evidente, aunque este proceso se opere en su ánimo de una manera semiinconsciente o consciente del todo. Buscará entonces consuelo a sus inquietudes o en los brazos de una amiga que sepa comprenderle o en las palabras de un amigo leal y desinteresado, recursos que tendrán en sus sentimientos el valor verdadero de un bálsamo inapreciable.

La aversión hacia su esposa habrá ido larvándose lenta pero seguramente, siendo difícil que la normalidad vuelva a reinar en aquel hogar que la neurosis de ella desterró para siempre.

A propósito de esta cuestión, se me ocurre transcribir algunos párrafos de la carta que hace poco recibí de un íntimo amigo en la que me refiere con más satisfacción que amargura la solución de su drama íntimo:

"... naturalmente, estas conversaciones se prolongaban demasiado, pero como yo no podía dejar a R... con la palabra en la boca, ya que no tenía otro auxilio que el que él pudiera prestarme, llegaba a casa a horas intempestivas, encontrándome a mi mujer acostada o llorando. Esto ocurría invariablemente y, lo que es peor, mis razones no eran nada para convencerla ni hacerla variar de actitud, llegando algunas veces incluso a proferir insultos hacia esas personas en quienes inspiraba estos celos estúpidos. Me encontraba, como suele decirse, entre la espada y la pared. Por un lado, si yo regresaba a casa a las horas que mi mujer imponía, habría de renunciar a mis negocios con R... ya que él, cuya esposa más comprensiva, más sensata o menos enamorada, no le pedía cuentas tan estrechas de sus actos como me exigía

día a mi con mi mujer. Por otra parte, R... regresaba a la ciudad media hora antes de la que mi mujer había fijado para que yo estuviese en casa, con lo que quiero demostrarte que no había medio "económico", por decirlo así, que me permitiese variar de conducta. El otro extremo de mi infortunio sería renunciar por completo a mi felicidad conyugal, ya que no ignoro que la falta de recursos económicos nos pondría en el trance de más agrias discusiones que a toda costa quería evitar. La finalidad esencial para realizar el negocio de que te hablo tenía el estímulo de mi propia esposa: habíale prometido pasar unos días en París con motivo de la Exposición Colonial, y aquellos miles de pesetas nos eran imprescindibles para realizar el viaje. A mí, te lo aseguro, lo mismo me hubiese dado, pero con tal de verla feliz a ella me importaba poco cuanto hubiese de sacrificarme. Una solución radical hubiera consistido en que ella renunciase al viaje cuyo precio era el motivo de todas nuestras querellas, pero tampoco esta solución podía satisfacerla ya que hacía algún tiempo acariciaba la idea de visitar París.

"... la vida se nos hizo insoportable y el producto de aquel negocio que al fin logré terminar lo destiné a pagar las costas del divorcio que, afortunadamente, he conseguido hace dos semanas. Creéte, que de todo corazón te lo digo, que hasta ahora, en que me veo completamente libre de aquel martirio, no había sabido lo que era la auténtica felicidad, y eso que tú sabes que yo fuí al matrimonio completamente enamorado y con unas ansias vehementísimas de hacerla feliz a ella."

Esta clase de celos, repetimos, son de índole esencialmente neurótica y las mujeres que los padecen precisan, más que de las atenciones del marido, de los cuidados psicoterápicos de un buen neurólogo, quien empezará por advertir que los cónyuges sostienen una vida sexual que no acaba de complacer a la esposa, puesto que su fondo histérico, a lo que ya nos hemos referido en otro volumen, la convierte en un objeto insaciable o de saciabilidad limitadísima, de donde resulta que, o el marido es poco o es demasiado.

La histérica, huelga repetirlo, nunca estará equilibrada. Si esta neurosis produce en ella una gran capacidad erótica y el marido no puede satisfacerla en tan enorme medida, ella estima que esto ocurre porque él gasta sus energías con otras mujeres. Si por el contrario, la capacidad sexual de la mujer resulta considerablemente disminuída por la enfermedad, piensa que sus recursos son insuficientes para satisfacer al marido, quien, por lo tanto, creen que habrá de buscar

compensación en aventuras extraconyugales. Veamos, pues, que en ambos casos, o sea en todos, la histérica que puede resultar deliciosa para amante de una hora no es recomendable como esposa ni para un solo día.

Acerca de esta clase de mujeres Van de Velde dice: "La disposición histérica de ánimo en la mujer significa el derrumbamiento seguro y la muerte del matrimonio. Puede ser verdad que en determinados casos, por cierto sumamente aislados, se haya considerado al matrimonio como una panacea contra la histeria; por mi parte, al menos, no conozco tales casos, ya que una verdadera cura, o por lo menos una mejoría duradera, no solo puede ponerse en duda seriamente, sino que es negada en absoluto por parte de los especialistas. El hombre que se deja coger en las redes de una histérica comete una majadería tal que ha de pesar sobre él toda la vida. En el mejor de los casos, puede suceder que bajo una buena dirección psicoterapéutica, la mujer, durante un plazo más o menos largo, sea sostenida dentro de la normalidad. Aunque para el marido no sea muy agradable ver la relación de dependencia psíquica en que forzosamente ha de hallarse su mujer con respecto al médico, junto con la transmisión de sus sentimientos a este último, al menos sabe que puede disponer siempre de la ayuda necesaria y que tiene asegurada por algún tiempo su tranquilidad. No dura mucho ésta de todas maneras, pues, por regla general, el médico, transcurrido algún tiempo, ya no es "bueno", hay que consultar a otro especialista, luego a otro y hasta llegar a acudir a un curandero, a un medicastro, a un matasanos y con frecuencia llegan a consultar a los que se rodean con la aureola de las fuerzas ocultas."

Tal es el cuadro de los trastornos que una mujer así produce al marido, y menos mal cuando ella reconoce su enfermedad, lo que ocurre rarísimamente, pues hay muy pocas mujeres que se resistan a no vincular la histeria con las cosas más nefandas. No quieren creer que este estado neurótico es una enfermedad como la gastralgia o el reúma.

El hombre, aunque en menor proporción, tampoco se encuentra libre de la perniciosa influencia de los celos no sexuales, pero éstos pueden interpretarse mejor como envidia porque su esposa, dadas las condiciones de la vida moderna, pueda alcanzar puestos de mayor prestigio o remuneración que aquellos que él haya obtenido en su vida. No obstante, esta circunstancia puede significar un motivo inicial de aversión si a él se asocian otros factores equivalentes.

A veces resulta verdaderamente difícil diferenciar los celos netamente sexuales de aquellos otros que no es correcto incluirlos en la misma categoría, puesto que más bien adoptan las formas de la envidia, pero la relación existente entre ambos elementos es tanta que los celos siempre llevan consigo la envidia. Y es que el uso ha atribuído a la modalidad sexual de la envidia el título de celos.

Desde el punto de vista psicológico puede decirse que los celos están basados en ciertos instintos fundamentales que se manifiestan en las expresiones mismas de la vida de los animales. Descartes definió los celos diciendo que eran "una especie de temor relacionado con el deseo de conservar una posesión". Todo impulso de adquisición en el mundo animal se siente estimulado y adquiere mayor actividad de apoderarse primero del objeto anhelado. Este es un hecho fundamental del mundo animal; es una fuerza de ayuda a conservar la vida, pues como se ha dicho muy bien, un animal que se contentara con contemplar a sus semejantes atracándose de comida, y sintiera satisfacción y complacencia ante este espectáculo que presenciaría sin probar bocado, moriría antes de que pasara mucho tiempo. En tal hecho tenemos la base natural de los celos.

El doctor Arnolt L. Gessell, en su interesante estudio titulado "Celos", dice que los celos parecen ser un acompañamiento biológico, tan necesario al comportamiento o conducta biológica en medio de la lucha de la competencia universal, que a veces se inclina uno a considerarlo genéricamente como la más antigua de las emociones, casi sinónima al deseo de vivir, y no menos fundamental que el temor a la ira. En la ayuda mutua y la sociabilidad vemos el reverso de la medalla; pero los celos, por antisociales que parezcan, tienen un puesto en la escala zoológica, cual es el de conservar el individuo contra el grupo. Es el gran correctivo que opone la Naturaleza a las emociones puramente sociales.

Entre los animales, dicho impulso aparece, por vez primera de un modo definitivo, relacionado con el alimento de cada uno. Es un hecho conocido que la asociación con otros animales induce a un animal cualquiera a comer mucho más que cuando se halla solo. Deja entonces de comer por hambre y come para evitar que los otros animales se apoderen de su comida. Pero no hace falta descender al ejemplo de las escalas inferiores para demostrar el fundamento natural de los celos cuando el ejemplo podemos encontrarlo en el animal humano y en los primeros años de su vida. Todos sabemos que cuando un niño se niega a comer un manjar o a tomar un objeto,

el mejor medio de conseguirlo es amenazarle con que va a llevárselo otra persóna, un animal, o que, simplemente, la comida o el objeto van a ser arrojados por la ventana.

¿Puede decirse que estos ejemplos sirvan para probar íntimamente la base de los celos? No. Pero sí es un hecho evidente que esta actitud del niño, de la persona mayor, o del animal va ligada directamente a la idea de posesión o, por mejor decir, de monopolio, de dominio exclusivo, cuya es la modalidad más completa en que se manifiestan los celos sexuales.

Havelock Ellis dice que los celos son una emoción antisocial, aun cuando sostengan algunos que es causa de que se mantengan incólumes la castidad y la fidelidad de muchas gentes. El mismo tratadista agrega: "Gessell, por ejemplo, aun cuando reconoce su carácter antisocial y cita pruebas innumerables que dan fe de los desastres y el sufrimiento que suelen ocasionar, parece creer que debe ser fomentado, con el objeto de conservar y desarrollar las virtudes sexuales."

Forel considera que es necesario eliminar los celos impidiendo la creación de los celosos. "Los celos—dice—son la peor y desgraciadamente la más arraigada de las "irradiaciones", o, mejor dicho, de las "contrarreacciones" del amor sexual que hemos heredado de nuestros antepasados animales. Los celos son una herencia de animalidad y de barbarie; yo quisiera hacérselo comprender así a aquellos que, al amparo de lo que llaman su "honor injuriado", tratan de colocarlos sobre un pedestal elevado. Un marido infiel es diez veces más de desear que un marido celoso... Oímos a veces hablar de "celos justificados". Yo creo, sin embargo, que no existe tal cosa; creo que los celos son siempre atávicos o patológicos; a lo sumo no son más que una estupidez bestial y brutal. El hombre que por naturaleza, es decir, por su constitución hereditaria, es celoso, seguro es que acabará por emponzoñar su vida y la de su mujer. Esos hombres no debieran jamás contraer matrimonio. La educación y la selección debieran, pues, aunarse para eliminar en lo posible esta emoción del cerebro humano."

Eric Gillard, en sentido opuesto a los que afirman que los celos "crean el hogar", declara que, por el contrario, es lo que principalmente contribuye a "deshacerlo". "Mientras el egoísmo—dice—los riegue con lágrimas sentimentales y los proteja de los fríos combates de las investigaciones científicas, los celos existirán y florecerán entre nosotros; pero llegará la hora en que los quemaremos como plantas

malignas en el jardín del amor. La influencia mefítica que ejercen dentro de la sociedad es harto palpable para ser despreciada. Convierte hogares, que podrían ser santuarios de amor, en infiernos de odio y de discordia, causa suicidios y conduce a millares de seres a la embriaguez, a los excesos y a la locura. ¡Hacer el hogar! De los amigos casados que todos tenemos, el uno ve un seductor infame en todo hombre que habla con su mujer; el otro tiene celos de las amistades de su esposa; un tercero se siente herido porque su mujer dedica su atención a los hijos. Las mujeres hacen lo mismo: algunas sienten celos de todas las demás mujeres; otras, de los conocimientos de sus maridos; otras, hasta de los perros que les lamen las manos. Creen que hay que monopolizar a la persona amada, pues de lo contrario, no es amor. No conciben que se sienta admiración sino por ellas. Insisten en que se abandonen antiguas amistades e impiden que se formen nuevos conocimientos. Todo por miedo a que se despierte esa bella emoción que, según algunos, "hace el hogar".

En el aspecto exclusivamente sexual, pero sin salirnos para nada de ese margen estricto, es posible que los celos supongan un sentimiento o una emoción, hasta cierto punto favorables, para el progreso de la civilización o, más bien, de la moral que las costumbres, las leyes y las religiones han impuesto a la sexualidad. Mas es preciso confesar también que la acción de los celos ha sido y es puramente externa, no pudiendo, por lo tanto, ejercer una influencia decisiva para garantizar la moral o el equilibrio conyugal. La persona celosa es rarísimo que sólo por sus celos pueda llegar a inspirar pasiones vehementes. En cambio, lo que hemos dado en llamar "un hombre corrido" e incluso "una mujer de bandera", sí es cierto que han inspirado pasiones incontenibles: que lo digan, sino, los apologistas de *Don Juan Tenorio* y los de... *Valeria Mesalina*.

El celoso, invariablemente, se hace odiar siempre por su cónyuge, despertando en las demás personas un sentimiento de antipatía bastante vivo. Por otra parte, el efecto primordial producido por los celos, imaginarios o reales, es el de ir en aumento excitando las causas que los producen y dando lugar, al propio tiempo, a que la persona a quien de ellos se hace víctima, justa o injustamente, tenga que recurrir a la hipocresía como método defensivo.

Por último, el insigne Havelock Ellis dice: "Es evidente además que, aparte la cuestión de su eficacia y la infelicidad que significa para todos aquellos a quienes afectan, los celos son incompatibles con las tendencias de la civilización. Hemos visto ya que las relaciones

sexuales, como todas las relaciones de la vida, entrañan un cierto grado de variaciones, y habremos de afrontar y reconocer este hecho con absoluta sinceridad, si deseamos impedir que se cometan los males y las injusticias que en esta materia y diariamente se vienen perpetrando. Hemos podido observar también que nuestra línea o plan de avance significa un aumento continuo de responsabilidad moral y gobierno propio, y que, a su vez, exige, no solo un alto grado de sinceridad, sino también el que todos reconozcan que nada tiene el derecho ni el poder de controlar las emociones y acciones de otra persona. Si nuestro sol de amor permanece en el Meridiano, como dice Ellen Key, debemos considerarlo con el respeto y gratitud que inspira el milagro, pero en manera alguna podemos exigir que esto sea por obligación y por derecho. Las exigencias de los celos caen y desaparecen con las exigencias de los derechos conyugales."

LA EDUCACIÓN CULPABLE

Desilusión y repugnancia.—De la poesía a la prosa.—La ignorancia de la mujer.—El entrenamiento del hombre.—Lo que ellas no confiesan.—Malos iniciadores.—Las que sufren en silencio.—Castos y puros.—Educación "sexófoba".—Lo que ellas no perdonan.—Ignorancia absoluta.—El matrimonio estéril.—Los límites de la virtud y el vicio.—Actitud perniciosa de las religiones.—El pecado de la "carne".

Puede enfocarse el problema de la atracción y la aversión sexual desde tan variadísimos puntos de vista, que si fuésemos a exponer siquiera una mediana parte de ellos, necesitaríamos de varios volúmenes. Y siempre estaríamos dando vueltas alrededor de lo mismo, surgiendo a cada paso la necesidad de citar cualquiera de los numerosos motivos reseñados anteriormente.

No obstante, siempre tiene interés para el lector el examen de estas particularidades, y eso porque, desdichadamente, ¿puede decirse que haya muchos amantes completamente felices, completamente satisfechos de su existencia sexual, por decirlo así?... Yo creo que todos, absolutamente todos los hombres y todas las mujeres, unos más y otros menos, han tenido un momento en su vida conyugal en que experimentaron la desilusión y la repugnancia producidas por una unión que estimaron el compendio de todas las dichas terrenas, y, a ser posible, hubieran, no roto, sino destrozado con los dientes y con las uñas la expresión material del vínculo si es que pudiera materializarse.

No es necesario hablar, por ejemplo, de las diferencias de educación de los cónyuges, diferencias que no se manifestaron o a las que no se concedió la menor importancia en la época verdaderamente feliz del galanteo, de la conquista, de la supuesta identificación prenupcial. Luego, como decíamos antes, cuando la plena posesión trae como consecuencia la intimidad, y, por lo tanto, la desaparición de la

venda que cubre los ojos de Eros, es cuando indefectiblemente los caracteres se presentan desnudos, en toda su realidad, en toda su crudeza. Ese amor idealista de los tiempos anteriores a la posesión, no es más que un disfraz que encubre los instintos. Y éstos, dígase cuanto se quiera, al manifestarse no tardan en dar al traste con esas bellas y sugestivas fórmulas que algún tiempo condensaron la máxima embriaguez y el más férvido deleite de los espíritus. "Casarse (*poseerse*, diría yo) es instalarse en una temperatura de cuarenta grados, sin pensar que puede descenderse a bajo cero." Esto lo dijo un filósofo hace ya muchas décadas. Ello no obsta para que, a pesar de todo, las excepciones de la regla puedan ser bastante numerosas casi para anular la infalibilidad aparente del pensamiento. ¿Y cómo sería ello posible? Afortunadamente, yo creo que puede haber soluciones: lo que ignoro es, si todos los individuos estarían preparados para darse cuenta de la gran importancia de las mismas.

Aunque en el volumen titulado *La educación de la voluptuosidad* habremos de ocuparnos detenidamente de tan importantísimo aspecto, no creo que está de más referirnos a ello en el tema presente.

Yo estimo que el motivo fundamental de las desavenencias sexuales—no digo *conyugales* con el fin de dar a la expresión la máxima amplitud—lo constituye, en principio, esa diferencia de educación de los amantes y que inicia su desequilibrio casi desde la cuna. Y, particularizando, lo que se refiere a la enseñanza de la sexualidad. Y, más aún, en lo que afecta a la mujer principalmente, sin que esto quiera decir que haya de exceptuarse al hombre, lo que sería injusto, aunque es preciso reconocer que las condiciones de la vida, ahora y en todos los tiempos, han permitido al hombre que su entrenamiento en materias prácticas del sexo fuese tan amplio como lo hubiese menester.

Pese a los aspectos de la vida moderna, pródigos en enseñanzas de todo género, hay muchachas que al llegar al matrimonio, ignoran en absoluto la "verdad" de los hechos que habrán de sucederse, llegando a creer algunas que la relación sexual consiste, exclusivamente, en estar acostados uno al lado de otro, que el acto se ejecuta con la intromisión del pene en el ombligo femenino, que el coito suele durar toda la noche, que hay que realizarlo en la actitud que adoptan los perros o las caballerías... Parece incierto que tales creencias puedan sustentarse en el siglo XX, ¿verdad, lector? Pero no hay duda de que así ocurre. Más adelante referiremos algún caso de los numerosos

que han registrado los más célebres autores y los más dignos de respeto, para robustecer nuestras afirmaciones.

"Las mujeres de hoy—dice un autor—aprenden todo cuanto hay que aprender, se preparan para todos los oficios, para todas las carreras, para todas las actividades que pueda desempeñar el hombre; únicamente descuidan la preparación y entrenamiento que necesitan para desempeñar como es debido los santos oficios de esposa y de madre."

Por ello sucede que casi todas las mujeres van al matrimonio llenas de prejuicios ridículos, de temores absurdos y de enormes errores que solo pueden desvanecerse después de mucho tiempo, cuando acaso hayan de enfrentarse con las funestas consecuencias producidas en su ánimo por la comprobación de que todas aquellas creencias que tuvieron desde que apareció en su instinto la consciencia del sexo, eran absolutamente equívocas. Pero hay más aún: aunque la mujer ingrese en la secta de Himeneo perfectamente preparada, pero no iniciada, como imponen las costumbres y el concepto de la moral, lo hace siempre con menos ventajas que el hombre: ello es evidente. Y estas ventajas quedan aún reducidas cuanto mayores sean los centros de población donde el hombre resida o más libertad de costumbres exista en ellos. Al efecto, un psicosexólogo dice: "La mujer empieza por alcanzar una perfecta comprensión del amor más tarde y mucho más paulatinamente que el hombre, de modo que las prácticas de la vida del sexo antes del matrimonio son bastante más limitadas que las de su marido." (1).

No hay duda entonces que, a pesar de que la mujer posea una preparación correcta en estas cuestiones, necesita mucho tiempo de matrimonio para llegar a comprender cuál es el verdadero alcance de sus necesidades sexuales y juzgar acerca de si su marido tiene o no la habilidad necesaria para satisfacerla plenamente en lo que ella estima como tales necesidades. No obstante, digo, tal vez saliendo al paso de exageradas interpretaciones, que tal dificultad de interpretación por parte de la mujer de las cuestiones del sexo, no es, ni mucho menos, una amenaza general ni grave para el equilibrio perfecto de la práctica sexual, puesto que el entrenamiento que ella llegará a

(1) A la edad de veinticinco años—asegura G. Hirth—todo hombre de energías y condiciones sexuales que vive en una ciudad grande, ha tenido relaciones con unas 25 mujeres, y hasta con 50; en cambio, una mujer culta y de buena conducta, a los veinticinco años empieza a comprender algo de la extensión que alcanzan las excitaciones del sexo.

adquirir lo logrará paulatinamente sin grandes inquietudes ni exagerados anhelos de culminar en la perfección inmediata. Por otra parte, cuando las uniones son libres, nada hay que temer, y en el terreno legal tampoco, puesto que las tendencias de los legisaldores modernos de los pueblos democráticos, ofrecen soluciones adecuadas cuando estos casos pueden constituir la base de graves trastornos, psíquicos o fisiológicos, en la armonía del matrimonio. Un ginecólogo inglés, el doctor Smith Baker, realizó un detenido estudio acerca de la enorme importancia que tienen los conocimientos sexuales prematrimoniales para aminorar los riesgos de la aversión conyugal, base de la mayor parte de las demandas de divorcio por motivos netamente sexuales.

Bien es verdad que una mujer—algunas buenas ventajas había de tener el concepto tradicional de la moralidad del sexo—rara vez esgrime la razón de que "está insatisfecha", a no ser que se trate de un caso de impotencia incurable por parte del marido, y ello porque no se considera correcto referir a los magistrados tan singulares intimidades de la vida sexual. Pero resulta que esa razón, aun siendo primordial, la más poderosa y la más fuerte, origina la manifestación de otras razones, que aisladamente carecerían de importancia, pero que sumadas todas constituyen un cargo tan voluminoso, que los jueces, sin mover ni uno solo de los músculos que endurecen su rostro, acceden a la petición de los cónyuges, quienes, a lo mejor, han olvidado por completo el auténtico origen de la desavenencia.

Refiriéndose a la falta de conocimientos adecuados en materias del sexo por parte de la mujer, dice Havelock Ellis: "La ignorancia de las mujeres en todo lo que se refiere al arte de amar, y su falta absoluta de preparación para los hechos naturales de la vida, serían, sin embargo, menos fatales si los maridos supieran contrarrestarlos con la consideración, la habilidad y la delicadeza indispensables en el matrimonio. Desgraciadamente, no siempre sucede así. En Inglaterra, por lo menos, y hablando siempre en términos generales, los maridos se dividen en dos grupos: uno, formado por hombres cuya experiencia y conocimiento de la mujer antes del matrimonio ha sido adquirido entre las prostitutas, y el segundo, más pequeño, por supuesto, compuesto de hombres que no han tenido jamás comercio carnal con mujer alguna, y cuyas prácticas sexuales se limitan a la masturbación u otra manifestación autoerótica, y al flirteo. Es indiscutible que el hombre inteligente y de temperamento sensible, sea cual fuere su educación y entrenamiento sexual, podrá, a veces, a fuerza de paciencia y de atenciones, vencer las dificultades que la ignorancia y

los prejuicios que forman casi siempre la educación erótica de la mujer oponen al desarrollo del verdadero amor; pero es innegable también que ninguno de los hombres que forman parte de los dos grupos antes mencionados están debidamente preparados para la tarea de iniciar y enseñar a su mujer los misterios del amor."

Ahora bien: la mayor parte de las veces, o, mejor dicho, siempre, cuando el hombre está enamorado de su amante, no puede decirse que la mala conducta de iniciador que observa se inspira en la conciencia de que lo hace mal intencionadamente, sino porque, en realidad, desconoce en absoluto procedimientos más hábiles para conseguirlo. El marido que no tiene, por instinto o por experiencia, facilidad para comprender psíquicamente a la mujer, no logrará, apoyándose sólo en un temprano conocimiento de los placeres con prostitutas, aportar al matrimonio los conocimientos físicos y psíquicos que necesitará, si es que, por encima de todo, pretende lograr una perfecta y completa unión con la mujer que ha tomado por esposa, no para unas horas, unos días o unos meses, como lo eran las de entonces, sino para siempre y para ser la madre de sus hijos.

Hay muchos hombres, casados legalmente o unidos sin otros vínculos que los del amor, hombres llenos de euforia, de ansias de vivir, plenamente capacitados para todo, que, aun amando ardientemente a la mujer que poseen, no sospechan siquiera que ella sufre en silencio, pero con encono tal vez, esa falta de habilidad que las priva de experimentar todos los deleites del amor que, por testimonios diarios, hacen la felicidad de otras mujeres. Y el convencimiento invariable que tienen de que están obligadas a renunciar a esos placeres lógicos a que tienen perfecto derecho, a esas intimidades que no piden, pero que anhelan conocer, las pone en el trance amargo de divorciarse sexualmente de sus maridos, aun amándoles espiritualmente, circunstancia que ellos ignoran y que trae consigo la pérdida irreparable de algo que debió conservarse en el sagrario de las más íntimas y bellas devociones que pueden desearse.

"¡Qué hermoso y qué bello es para la mujer, pero que pocas tienen maridos que así lo entiendan, el verse comprendida; el poder decir lo que la place; el expresar sus más recónditos sentimientos; el apartar de sí los convencionalismos tradicionales que estorban a su amor; el tener a su lado una persona con quien pueda hablar con entera franqueza, sin temor a malas interpretaciones, sin miedo a que una sola palabra caiga en el vacío; una persona que sienta y ame y comprenda como ella!" (Rafford Pyke, *Maridos y mujeres.*)

Este gran pensador, que tan a fondo demostró conocer el alma femenina, no pudo hacer una definición más sintética y exacta del origen de la aversión sexual de la mujer hacia el marido. Muchas veces, leyendo sus trabajos, no he podido por menos de detenerme a pensar si estarían escritos por un poeta, por un místico, por un santo... o por un dios; pero nunca por un hombre vulgar o por un clínico eminente. Entonces, en mis balbuceos en esta ciencia, aprendí a explicarme la razón de muchos fenómenos sobre los que los tratados más severos no me daban mucha luz.

Más volvamos a esos pobres maridos, que, en gran parte, no hicieron otra cosa que someterse por entero a las leyes morales que les inculcaron, sin posibilidad de apelación, porque en esa edad, cuando el discernimiento no está más que en estado embrionario, las ideas se asimilan macizas, enteras, tal y como se las clavan en la débil inteligencia, obligándoseles, no sólo a tomarlas como buenas, sino hasta como insustituibles.

No es justo decir que en su torpe conducta de iniciadores obren por desidia ni por indiferencia: es la actitud obligada del casto, del puro, del *mascota*, como llaman a estos equivocados las mujeres de cierta clase. Y no es justo, repito, porque en ese plan pedagógico se les hizo saber y comprender que los placeres del sexo eran pecados mortales sin absolución posible, imponiéndoseles la abstinencia como base rígida de fortaleza y pureza. Se les obligó a dominarse de tal forma, que llegada la hora de las primeras manifestaciones del instinto, han de realizar esfuerzos duros y violentos para arrancar de su corazón el recuerdo de la mujer y el deseo del amor sexual.

Están hartos de oír que no hay medio más lícito ni más puro para acercarse a una mujer que el camino que conduce al matrimonio. "Al fin llegan a creer—dice un autor—que la satisfacción sexual y todo lo que a ésta se refiere es denigrante, vil y asqueroso; cuando menos, una necesidad natural; cuando más, un deber que se debe cumplir de un modo directo, honrado y caballeroso. Nadie les dice, con el prestigio de una gran autoridad, que el amor es un arte, y que el tomar posesión absoluta del cuerpo y del alma de una mujer requiere toda compenetración, toda la delicadeza y toda la habilidad de que puede disponer un hombre. Y sucede que cuando un hombre aprende esto demasiado tarde, se vuelve fieramente contra la sociedad, que con su ficticia moralidad ha sido causa de su ruina y de la de su mujer."

Menos mal que cuando la aversión por motivos sexuales exclusivamente aparece en el horizonte de la relativa dicha conyugal, la

esposa, cansada del marido, llega a hacérselo comprender a éste, el cual, una de dos: o reacciona en el sentido lógico de reconquistar el cariño de ella, o se contagia de indiferentismo, de frialdad y de aversión, en cuyo caso el divorcio, si no es la solución más moral desde el punto de vista de las costumbres, resulta, eso sí, la más biológica de las determinaciones, en el caso de que tan humanitaria reforma esté implantada en el país donde ocurran los hechos. Desde luego, más felices son, como dice Milton, aquellas personas para quienes las pruebas de amor antes del matriminio "son otros tantos divorcios que les proporciona la necesaria experiencia".

Luego ya hemos visto que la responsabilidad del hombre ofrece también características bien destacadas: no es justo culpar siempre a la mujer, cuando ellos, aunque estimen lo contrario, apenas si pueden aducir derechos bastante vagos para arrojar la primera piedra.

Las causas, repito, son casi siempre inconscientes, y ofrecen la dificultad de no poderse subsanar a tiempo, ya que la mujer, en su actitud de pasiva espiritualidad, no siempre se atreve a confesar abiertamente a su marido esas cuitas exclusivamente eróticas. El concepto de la modestia, bien falsa en estos casos, la educación de toda su vida y hasta el recato que las costumbres imponen para que una mujer hable con toda sinceridad de tan íntimas emociones, son otros tantos factores a cual más poderoso para explicar esa actitud suicida de la incomprendida.

Por el contrario, el hombre, casi siempre, a no ser que también sea víctima de esa rígida educación *sexófoba*, no reconoce prejuicios ni encuentra barreras que le obliguen a silenciar sus ambiciones o sus deseos y, en contraposición con la pasividad de su amante, su papel activo le autoriza y le presta bríos para ir tan lejos como quiera en la expresión de todos sus sentimientos y aun en la práctica de sus teorías. Ahora bien, lo difícil es encontrar una gran proporción de hombres que sean capaces de desarrollar esta conducta con la habilidad, la discreción y, ¿por qué no decirlo?, "la elegancia" que todas las mujeres

(Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca...,

de la dama más refinada a la más zafia de las lugareñas), todas instintivamente, esperan comprobar en sus amantes, no sólo como elemento espiritual para la cópula, sino hasta para darlas a entender y que ellas lo comprendan así, que lo que en primer lugar interesa es la conquista del alma, y no la perecedera y física posesión del cuerpo...

No obstante, un hombre puede encontrarse con una mujer naturalmente frígida, y en este caso jamás logrará hacer vibrar una sola cuerda del arpa, al menos mientras el trastorno exista. Pero como estos casos no entran en nuestro propósito de referirnos a la normalidad desde el punto de vista clínico, no hemos de detenernos a analizarlos.

Como final del presente capítulo, vamos a transcribir las confesiones hechas al médico por algunas mujeres, y en las que ya hay abundante material para que el lector compruebe que no es en vano cuanto de todo esto se escriba.

El siguiente caso que refiere Havelock Ellis, es el de una mujer de veintisiete años, la cual había sido pedida en matrimonio, y, a pesar de ser raro, no es excepcional:

"No estaba muy satisfecha de su cariño, y preguntó a una prima suya cuáles eran los síntomas y detalles de un gran amor. Dicha prima la prestó el folleto de Ellis Ethelmer's titulado *La flor humana*, en el cual aprendió que los hombres desean el cuerpo de su mujer, y tal espanto le produjo esto, que estuvo enferma varios días. Cuando después de su enfermedad su prometido intentó acariciarla, le rechazó indignada, acusándole de lujurioso y obsceno. Leyó luego la obra de George Moore *Santa Teresa*, y al saber que las "mujeres son, a veces, tan malas como los hombres", se entristeció profundamente."

Otro caso, "Creo que la mayoría de los hombres—escribe un corresponsal del mismo tratadista—sostienen y han sostenido relaciones sexuales antes de su matrimonio; pero conozco a uno que, a la edad de veinte años, ignoraba hasta lo más rudimentario de las maneras del sexo. A los veintinueve años, algunos meses antes de contraer matrimonio, vino a preguntarme cómo y de qué manera se efectuaba el coito, demostrando una ignorancia cual jamás creí pudiera existir, tratándose de un hombre que, en otras materias, daba pruebas de educación, de mundo y de inteligencia. Carecía, por lo visto, en absoluto de ese instinto sexual, que es lo que guía a los animales, y su razón sola no podía, por lo visto, crear el indispensable conocimiento. Es verdaderamente extraño que un hombre pueda carecer de esta comprensión instintiva. Conocí también otro caso de un hombre casi tan ignorante como el que acabo de referir. También a éste tuve que explicar detalladamente sus deberes y obligaciones maritales. Tuve ocasión de saber que ambos casos practicaban la masturbación y que eran de un temperamento normalmente apasionado. Estos casos no son tan raros como suponemos; pero, por lo general, obtienen cierta ilustración y enseñanzas de personas poco escrupulosas o ineptas, y la igno-



ATLETA JAPONÉS.

Este joven, que actuaba en un circo exhibiendo los raros tatuajes de su cuerpo, era, a la vez, un "atleta amoroso".

LAMINA VII



ISLEÑAS DE SERAG.
La sexualidad entre estos salvajes adopta formas muy pintorescas que han merecido siempre la atención de los etnólogos.

LAMINA VIII

rancia es sólo parcial, pero no menos peligrosa que cuando es absoluta."

Un médico refiere que en cierta ocasión se presentó en la clínica un matrimonio demandando un tratamiento para la esterilidad, pues querían tener descendencia, ya que llevaban cuatro años casados. Decían haber recurrido a innumerables específicos, a practicar cuantos métodos les aconsejaron los amigos, a todo, en fin; pero todo fué infructuoso.

Por lo tanto, el médico pensó en la posible esterilidad del esposo, y en consecuencia realizó determinados análisis del esperma, que dieron por resultado hallar espermatozoides abundantes y en perfecto estado de vitalidad. El defecto, pensó, estaría en ella. ¿Secreciones vaginales muy ácidas? ¿Desviación del cuello? ¿Ovarios?... Resolvió practicar una detenida exploración ginecológica, y, al efecto, preparó el espéculo.

Pero calcúlese cual no sería la sorpresa del ginecólogo cuando descubrió la presencia de un himen semilunar, de abertura escasísima, que en manera alguna podía dar paso al miembro viril del marido y con mucha dificultad al dedo índice del explorador.

Pasadas las consecuencias del lógico estupor, el médico hizo las preguntas pertinentes al caso. En resumen, los esposos dijeron, con la mayor naturalidad del mundo, que habían practicado siempre el coito anal por considerarlo el procedimiento que emplean todos los matrimonios, ya que por "el otro sitio" era inmoral.

Es cierto que el adagio que dice: "la ignorancia es la madre de los vicios" pudiera aplicarse a las cuestiones del sexo sin detrimento alguno para su eminente significado. Claro está que en lo que se refiere a las relaciones sexuales, o, mejor si se quiere, a la sexualidad, no es posible decir dónde la virtud acaba y dónde empieza el vicio. Un biólogo, un moralista, un teólogo y un médico no se pondrían tan fácilmente de acuerdo. Y ello, admitiendo que ninguno de los cuatro opinadores tuvieran amante o esposa, porque si la tuviesen, seguiría el desacuerdo, pero sólo de piel para afuera, ya que si existiese la posibilidad de examinar las conciencias, todos estarían perfectamente identificados, a la par que en la buena interpretación del amor, en la observancia de métodos gemelos.

¿Qué queremos decir con esto? Pues, simplemente, que muchos vicios, peligrosos siempre para la armonía sexual, surgen de esa ignorancia de que antes hemos hablado; vicios dignos de la atención del médico. Y también queremos decir que tales *vicios* pueden tener su

origen en un *exceso* de educación. Pero en este caso, ese vicio, en cualquiera de sus manifestaciones, más que algo condenable, me parece una virtud plausible en vista de que su utilidad para el equilibrio de los amantes, fundamentado siempre en la erótica, resulta indiscutible a pocos esfuerzos que se realicen con la buena intención de demostrarlo.

No queremos decir con esto que en los métodos de preparación prenupcial hayan de incluirse tales enseñanzas, pues si su utilidad biológica sería mucha, no hay que negar que en el sentido social traería consecuencias lamentables. Ahora bien, si esa didáctica no es aconsejable ni practicable siquiera, tampoco ha de parecerme adecuado el sistema de condenar ciertas prácticas con esos feroces anatemas que hoy, hipócritamente, los moralistas descargan sobre ellas.

Tal ambiente insincero, puesto que nunca responde al sentir más íntimo de sus mantenedores, no hay duda que constituye una especie de freno para la libertad de la expresión sexual, ya que entonces se establece una extraña asociación entre la moral, el asco y la vergüenza, elementos que si bien no son bastantes, por fortuna, para anular ciertas predisposiciones naturalmente instintivas, es bien cierto que determinan un sentimiento pecaminoso o como queramos llamarlo, no por parte del hombre, sino por la de la mujer, que no puede prescindir del convencimiento de que las caricias o procedimientos empleados por su amante para provocar la detumescencia o mantener el equilibrio erótico son caricias "impuras", "inmorales", "sucias" o "repugnantes". Y ello, naturalmente, aunque sean capaces de producir la sensación más intensa en el terreno físico; en el otro, en el psíquico, la influencia de esa falsa moral o de tan acendrados prejuicios, obran a modo de barrera ante la cual deben estrellarse las fuerzas del impulso o del instinto.

Según Metschnikoff, de lo que también se hace eco el célebre tratadista Iwan Bloch, es esta desarmonía sexual, que dura desde la más tierna edad hasta la más avanzada, el origen de muchos males, tanto que casi todas las religiones juzgan con severidad las funciones de los sexos y las condenan, y al propio tiempo preconizan la abstención del coito como el medio mejor para la formación ideal y armónica de la vida.

En tal actitud, cuando la sexualidad normal desde el punto de vista teológico ha de practicarse prescindiendo por completo de toda idea o predisposición para la voluptuosidad, para el placer, para la erótica, para todo aquello que, en fin, presta a la existencia los alicientes más

bellos, ¿cómo es posible la admisión de esos métodos más voluptuosos que biológicos?...

Mas a todo esto hay que añadir el profundo contraste que ya sintió el hombre primitivo entre el espíritu y la materia; lo sexual, como lo más sensual y la más intensiva manifestación de la existencia material, fué opuesto como elemento impuro a lo espiritual, y para favorecer a éste tenía que ser combatido y vencido el otro, y a ser posible aniquilado. El primer apetito carnal satisfecho bastó para que el primer hombre fuera expulsado del Paraíso; es decir, del más elevado ser espiritual. Por esto, junto al voto de pobreza, la abstinencia sexual se traduce en la lucha contra la "carne", y con este nombre "caro" designaron siempre a las partes sexuales los padres de la Iglesia, el rasgo más distintivo del carácter psicológico del ascetismo.

¿Hemos de discutir ahora cuáles fueron las razones que desde el punto de vista teológico existieron para definir esta actitud? Contra esas creencias o intrepretaciones, contra esa deformación de la máxima cristiana que dice "Creced y multiplicaos", los legisladores religiosos no pudieron oponer una contradicción ni más inmoral ni más voluminosa ni que, además, pugnase tanto con la misma constitución del ser humano, la más perfecta de todas las obras del Sumo Hacedor.

RELACIONES SEXUALES

Frecuencia.—Imposibilidad de establecer reglas.—Bases de equilibrio.—Límites de variación.—Fórmulas empíricas.—Diferencia de las necesidades.—Los tratadistas y las leyes antiguas.—Opiniones modernas.—¿Dónde está el exceso?—Estímulos psíquicos.—Veintisiete orgasmos en hora y cuarto.—La virilidad del caballero Olivier.—El atleta japonés.—El freno natural.—¿De día o de noche? Consideraciones.—Sexualidad futura.—Los monarcas españoles.

PRESCINDIENDO del aspecto psíquico y psicofisiológico de la sexualidad a que nos hemos referido anteriormente, en el orden exclusivamente fisiológico queda por analizar lo que se refiere a la frecuencia de las relaciones sexuales, como parte muy interesante de la higiene.

No hay duda que las opiniones emitidas por los tratadistas de todas las épocas y aun las referencias de los agentes activos que basan sus pareceres en la propia experiencia, difieren bastante unas de otras, hasta el punto de que, no tratándose de la abstinencia o abuso, o sea los extremos opuestos, tampoco al médico le es muy fácil formar un juicio invariable que pueda servir de pauta para aquellos quienes creen posible una reglamentación en el uso de los placeres del sexo.

La salud perfecta no puede ser alcanzada sin una perfecta proporción en la frecuencia de los contactos carnales, pese a que en todas las leyes morales antiguas se hallen preceptos relacionados con la materia. Según Ribbigg, unas veces son mandamientos encaminados a proteger a la mujer contra las excesivas exigencias del marido, y otras son preceptos que pretenden asegurar a la mujer un máximo goce, fijando al marido un mínimo de contactos sexuales. En otros casos, el pensamiento de tener hijos parece ser la idea de un legislador o de un gran sacerdote. Pero si nos atenemos a lo ya aludido de la diferencia de volumen del impulso sexual de los dos sexos y a la mayor capacidad o predisposición de la mujer para el placer sexual, no es posible establecer en justicia una regla común a unos y a otras.

La base fundamental de una buena higiene que garantice la salud anímica de los amantes se afirma, principalmente, en la libertad de selección, en la espiritualidad sexual, en la amistad, por decirlo así, de los enamorados. Insistimos en afirmar, por lo tanto, que sólo hemos de referirnos a lo normal en todos los órdenes, y, dicho más claro, a la práctica del coito.

Cuando entre ambos amantes prevalece la armonía espiritual que nace del respeto mutuo, esto es, de la conciencia de una unión que pretende, sinceramente, ser perdurable; cuando, en resumen, es el amor el único móvil o el más esencial que juntó a los dos seres, los defectos del uno suelen ser cualidades para el otro, y parece que recíprocamente se adivinan los deseos para satisfacérselos después de esos titubeos, esa pequeña oposición, ese aparente disgusto y tantos recursos más a que acude la mujer en su inconsciente juego de excitación, y que tienen por único fin hacer la cosa anhelada mucho más codiciable.

Establecido este equilibrio primordial, fuente de todos los placeres subsiguientes, es como se va en línea recta al final de la sexualidad armónica y perdurable.

En realidad, todos los capítulos anteriores se refieren a la higiene anímica del matrimonio, y nada fundamentalmente nuevo pudiéramos añadir a lo que ya va expuesto. Pero no olvidemos nunca lo que tantas veces hemos afirmado: que la salubridad anímica depende en su mayor parte de la perfección fisiológica de las relaciones sexuales.

Con relación a la frecuencia de las relaciones sexuales diremos que de las observaciones realizadas se desprende que en la antigüedad se exigía el mayor intervalo de tiempo entre los actos carnales. Esto parece natural, pues en los tiempos remotos los estímulos del erotismo no alcanzaban las proporciones que en la actualidad y era menos frecuente que en épocas avanzadas; prueba de ello es que el desarrollo y avance de la civilización trae consigo una mayor frecuencia de dichos actos.

También puede observarse que la variación ocurre en límites bastante raros, debido, sin duda, a que los legisladores y promulgadores de las leyes sexuales fueron hombres, que, de haber sido mujeres, mayor variación hubiera existido en ellos, por ser mucho más grandes las variaciones del impulso sexual femenino. La reina Zenobia de Palmira, la bella prisionera del emperador Aureliano, exigía que se aproximase a ella su marido sólo una vez al mes, y eso siempre que no hubiese quedado embarazada el mes anterior, y en cambio otra reina, la de Aragón, se pasó al extremo opuesto. Se dice de ella que,

después de profunda deliberación, ordenó que en el matrimonio legítimo el acto carnal se llevase a cabo seis veces al día.

Desde luego, repetimos, resulta imposible establecer una regla fija que pueda servir de norma indiscutible, puesto que el deseo y la potencialidad individuales, aun dentro de los límites de una salud perfecta, varían enormemente; y si además reconocemos que es a veces conveniente y hasta necesario reprimir el deseo durante largas temporadas, ¿cómo hemos de creer que se debe reglamentar el comercio carnal y hasta imponerlo en fechas regulares y determinadas?

Por lo tanto, insistiendo en nuestras reservas en este sentido, de las observaciones verificadas se desprende lo siguiente: en el período de los dieciocho a los veintidós años, dos coitos por semana constituyen un término medio razonable. De treinta a cuarenta, edad en que el hombre está en plena posesión de sí mismo, este promedio puede aumentarse en cinco contactos semanales, y más allá de los cuarenta, progresión inversa. A partir de los cincuenta, una vez por semana será suficiente, y pasada esta edad, la prohibición debiera ser absoluta. Pero recapitulando, aunque parezca una contradicción, afirmaremos que los contactos sexuales pueden verificarse con cuanta frecuencia se quiera, hasta que se presenten síntomas de trastornos que pudieran ser achacados a este exceso de función sexual.

Sin embargo, existe otra consideración, y es que casi todas las apreciaciones que se hacen acerca de la frecuencia con que se debe efectuar el acto sexual están hechas para amoldarlas a las necesidades fisiológicas del hombre y, al parecer, trazadas de un modo exclusivista, ni más ni menos que si se tratase de otras necesidades fisiológicas, como la evacuación de los intestinos y la vejiga, por ejemplo. Y ya hemos visto que las necesidades son las de dos personas distintas, del hombre y de la mujer, y no basta averiguar cuáles son las del marido: es igualmente necesario saber cuáles son las necesidades de su esposa, creándose después un ajuste armonioso entre estos dos grupos de necesidades sexuales. Luego aquí comprobamos que la anterior consideración, unida a las innumerables variaciones que encierran las necesidades individuales, bastan para quitar valor a todas las reglas determinadas que a este propósito se establezcan o impongan.

Los tratadistas antiguos, aún hablando del asunto en la misma época, no lograban ponerse de acuerdo. Zaratustra dijo que cada nueve días era una conducta higiénica y satisfactoria. No establecía diferencias en las edades ni en los temperamentos. Las leyes de Manes permitían el coito durante catorce días de cada mes, y un famoso mé-

dico indio de la antigüedad lo prescribía seis veces en el mes, pero una sola durante la época de los grandes calores estivales. Mahoma, en el Korán, exige que se lleve a cabo una vez por semana. El Talmud de los judíos, bastante más comprensivo y mejor orientado, establece una oportuna distinción de clases, e impone, por ejemplo, al joven sano y vigoroso que no haya de realizar trabajos de ninguna clase, un contacto sexual diario; al obrero, no ejecutando trabajos pesados, dos por semana, y a aquellos hombres que se dedican al estudio o a trabajos corporales que implican un serio desgaste de energías, les recomienda sólo un acto por semana. Lutero opinaba que eran suficientes dos actos en el mismo plazo, pero sin hacer distinciones de edades ni profesiones.

En los tiempos modernos, los fisiólogos y doctores que han dado su opinión sobre este asunto se aproximan casi siempre a la teoría de Lutero. Haller ha dicho que el coito no debe efectuarse más de dos veces por semana. Acton y Hammond, dos célebres tratadistas, aconsejan sólo una vez por semana a hombres de buena constitución y perfecta salud, entre los veinticinco y los cuarenta años de edad. Fübringer demuestra un criterio más amplio, y es de opinión que deben efectuarse de cincuenta a cien contactos anuales. Pero esta teoría no cabe duda que lleva consigo la evidencia de una gran desproporción con relación al número de días, ya que admite en la semana lo mismo uno que dos actos. Forel aconseja dos o tres coitos semanales para los hombres que se hallen en la flor de su vida, pero advierte que, para algunos hombres fuertes y saludables, una vez al mes es a veces excesivo. Mantegazza, en su obra titulada *Higiene del amor*, dice que para un hombre de veinte a treinta años son suficientes dos o tres actos sexuales por semana, y entre los treinta y los cuarenta años bastan dos actos, por semana también. Guyot aconseja que se efectúe el coito cada tres días.

Havelock Ellis, al mismo respecto, dice que lo único que hay que evitar es el exceso y la proximidad de éste, acostumbrándonos a una frecuencia, tal vez inconveniente, para evitar este peligro. El doctor Erb nos hace observar, a este propósito, que, así como para algunos hombres la apreciación de Lutero es más que suficiente, es insignificante para otros, cuyas fuerzas les permiten impunemente un mayor número de contactos carnales. Añade también que estas variaciones individuales son congénitas. Otro fisiólogo alemán, Guttceit, a este propósito dice lo que sigue: "Algunas personas creen que dichas variaciones tienen su origen en la raza; por ejemplo: se ha dicho a veces que la fuerza genital del inglés es escasa, y la del francés (sobre todo

en los de Provenza, del Languedoc y de la Gascuña), abundante. Löwenfeld, en cambio, cree que la raza germánica tiene mayores aptitudes que la francesa para repetir con gran frecuencia el acto sexual." Es posible, sin embargo, que ninguno de ellos tenga razón, y que las diferencias que se aprecian tengan su origen en el individuo y no en la raza a que pertenece.

Ribbing, en su obra *La higiene sexual*, y Kisch, en La *vida sexual de la mujer*, aun cuando en términos generales, se muestran de acuerdo con la opinión de Lutero, protestan de que se intente sujetar materia tan amplia a una regla fija y determinada, y llegan al extremo de decir que puede repetirse el acto según los deseos que sienta cada uno, siempre que esto no produzca malos resultados.

Parece, no obstante, que los tratadistas citados prescinden en sus apreciaciones y consejos de la enorme extensión que alcanzan las variaciones de la capacidad sexual, así como el hecho de ser dichas variaciones completamente normales en cuantos sentidos se las analice, aun cuando no por ello quiero decir que, de llegar a un extremo exagerado, tales manifestaciones no hayan de expresarse en un aspecto patológico de mayor o menor gravedad.

Un hombre que celebre un solo acto sexual al mes, puede quedar completamente satistecho; no padece emisiones nocturnas, signo característico por el que la naturaleza advierte que está insatisfecha en sus fueros, ni experimenta fuertes deseos eróticos de uno a otro intervalo, a pesar de llevar una vida de voluptuosidad y ocio en otros aspectos, y sin el freno de prejuicios religiosos ni morales. Pero si por acaso realizase el acto un número de veces desproporcionado a su costumbre, dos veces o más al mes, por ejemplo, no tendrá nada de particular que su estado de salud, habitualmente buena, se resienta un tanto y advierta trastornos que antes no padeció. Esos desarreglos, si tiene en cuenta la capacidad de otros hombres, no los achacará nunca a las excesos cometidos, en primer lugar, "porque no le parecerán tales excesos", y, después, porque los trastornos nunca ofrecerán síntomas de gravedad tales que le obliguen a inquirir las causas ciertas que los han producido.

En el extremo opuesto, un tratadista refiere el hecho siguiente: "Un matrimonio de cuarenta y cinco a cincuenta años, respectivamente, han celebrado el acto carnal todas las noches, exceptuando únicamente los períodos menstruales y un embarazo, el único que ha ocurrido en todo ese tiempo. El marido y la mujer son ambos saludables, fuertes y cultos; viven con lujo, y atribuyen el amor y constancia que mutuamente se demuestran a la frecuencia del coito que se han permitido; la hija

única que han tenido es una joven, bastante saludable, pero no robusta."

Los casos que citan muchos fisiólogos célebres contemporáneos para demostrar la inutilidad de esas reglas son tan numerosos como interesantes, por lo que consideramos oportuno referirlos, en la seguridad de que habrán de interesar al lector.

Hay personas muy enamoradas, estimuladas por firmes agentes psíquicos, que en ocasiones determinadas pueden repetir el acto del coito, o por lo menos el orgasmo, varias veces en pocas horas. Esto suele ocurrir en los comienzos de la intimidad sexual o después de una larga separación.

Un autor habla del caso de una mujer recién casada que sintió el orgasmo catorce veces en una noche, mientras que su marido, en el mismo tiempo, lo experimentó siete veces. Otra mujer, que había llevado una vida de absoluta castidad, cuando contrajo al fin relaciones sexuales, sintió el orgasmo catorce o quince veces por cada tres veces que lo sentía su pareja.

Havelock Ellis dice: "Me han referido un caso, asegurándome su autenticidad, de una esposa joven, dotada de un temperamento altamente erótico, ligeramente anormal, que, al unirse a su marido, después de una separación de un mes, se excitó veintiséis veces consecutivas en hora y cuarto; su marido, que era mucho mayor que ella, sólo sintió el orgasmo dos veces en ese tiempo; la mujer confesó que al final estaba "completamente destrozada", y no cabe duda que, de ser cierto este caso, los orgasmos debieron ser de escasa intensidad."

El mismo autor dice que otra joven, recién casada con un hombre de robusta naturaleza, celebró en cierta ocasión, con su marido, ocho actos de coito en dos horas, ocurriendo el orgasmo las ocho veces y a ambos cónyuges.

El doctor Guttceit dice que conoció en Rusia varios casos de jóvenes de veintidós a veintiocho años que habían repetido el acto del coito diez veces en una misma noche, si bien después de la cuarta vez solía ser sin semen. Conoce este mismo autor a algunos hombres que, habiendo practicado la masturbación en su niñez y sostenido relaciones con mujeres desde los quince años, conservaban su vigor sexual en la vejez, y, en cambio, conoce a otros que, habiendo empezado su vida sexual mucho más tarde, perdían fuerzas a los cuarenta años.

Mantegazza, que conoció a un hombre que consumó el acto carnal catorce veces en un solo día, hace notar que las novelas y cuentos de los viejos escritores italianos demuestran que doce veces constituían una excepción.

Burchard, secretario del Alejandro VI, declara que el hijo del embajador de Florencia en Roma, el año 1489, "conoció a una joven siete veces en una hora".

Olivier, caballero del tiempo de Carlomagno, se jactó, según cuentan las leyendas, de que podría demostrar su virilidad cien veces en una misma noche si se le permitía dormir con una hija del emperador; dícese que se la autorizó para hacer la prueba, y que lo consiguió unas treinta veces.

Havelock Ellis comenta estos casos demostrativos de que casi siempre que se repite el acto sexual en el transcurso de poco tiempo, la mujer demuestra mayores aptitudes que su amante. "Es verdad—afirma—que la energía sexual de la mujer se despierta mucho más lentamente que la del hombre; pero a medida que crece, aumenta su poder. El hombre, por el contrario, alcanza fácilmente su estado de excitación sexual, que se agota y acaba al poco tiempo; la mujer rara vez alcanza la plenitud de sus energías hasta pasado el primer orgasmo; ésta es la causa de que muchos maridos jóvenes y enamorados se sorprendan al ver que el acto de comercio carnal que les dejó plenamente satisfechos sólo consigue despertar el calor y la pasión de su mujer, y son muchas las mujeres que sienten que les es preciso repetir sucesivamente y varias veces el acto, para, como ellas dicen, "desahogar el sistema", y esto, lejos de producirles cansancio y somnolencia, les da nuevo vigor y nueva vida."

La mujer joven y vigorosa que ha vivido castamente siente a veces, en los comienzos de sus relaciones sexuales, que realmente le serían precisos dos o tres maridos, por necesitar la unión carnal siquiera una vez al día; después, cuando se acostumbra a la vida de casada, llega a convencerse de que sus deseos no eran anormales.

El marido debe ajustarse a las necesidades de su mujer por medio de sus fuerzas sexuales, si las tiene, y con su habilidad y sus atenciones cuando carece de ellas. Benedikt, que llama "atletas sexuales" a los hombres capaces de satisfacer plenamente a una mujer de fuerte temperamento, ve en Casanova el tipo característico del atleta sexual.

El doctor Näcke habla del caso de un hombre a quien consideraba como un atleta sexual, el cual, durante toda su vida, llevó a cabo el acto carnal dos veces al día con su mujer, y si ésta se negaba, con otra mujer cualquiera, hasta que al fin se volvió loco, a la edad de setenta y cinco años. Este caso, desde luego, parece más bien morboso que de un atletismo sexual. (Havelock Ellis, *El sexo y la sociedad*.)

Tengo noticias de un joven japonés, de veintiséis años, educado en

los Estados Unidos, fuerte, de mayor corpulencia que la corriente en los hombres de su raza, de quien se decía que era capaz de satisfacer los deseos eróticos de tres o cuatro mujeres en una noche. Este muchacho actuaba en una compañía de circo alemana, exhibiéndose desnudo, ya que tenía todo el cuerpo tatuado admirablemente con los más caprichosos dibujos. (Lámina VII.)

Los beneficios que tales excesos puedan reportar al organismo son bastante menores que los perjuicios. De estos últimos no habrá un especialista sexólogo que no pueda dar amplias referencias; de los primeros, serán muy pocos los que sean capaces de demostrar que un exceso de actividad sexual es capaz de tonificar el organismo (1).

No hay duda que aunque un hombre goce de una fuerte potencialidad genital, ello no le da derecho a usar con exceso de esas facultades extraordinarias. Por fortuna, los casos excepcionales son bastante reducidos. Ese máximum de aptitud, tanto en el hombre como en la mujer, sólo se manifiesta en la primera época de las relaciones sexuales, y cuando existe el estímulo de muy destacadas impresiones psíquicas.

Ese ardor mutuo, suponiendo que la esposa logre un entrenamiento rápido y que es a lo primero a que debe atender el marido, no suele prolongarse más de cuatro o cinco meses. Al cabo de ese tiempo, la naturaleza, fatigada, impone, en su infinita sabiduría, las oportunas treguas, y a no ser que se trate de casos patológicos, no diremos el hastío, pero sí el freno, surge sin que los amantes adviertan la diferencia hasta el extremo de que para uno de ellos pueda implicar la duda de que el cariño "se va enfriando". Lo que sucede es que ambos, de una manera consciente, comprenden la "natural anormalidad" de aquellos días de fiebre sexual; por otra parte, el subconsciente, aunque se le excite, suele permanecer silencioso, como dando a entender que disfruta de un descanso muy bien ganado...

Los primeros síntomas demostrativos de que la conducta de los amantes les es perjudicial, pueden resumirse así: enflaquecimiento, anemia, disminución de las facultades intelectuales, dolores de cabeza y de riñones, vahídos, trastornos digestivos, etc., y además, en la mujer, inflamación aguda y crónica de los ovarios y de la matriz, que puede determinar la esterilidad. Esto se traduce en el hombre por la impotencia precoz. Cuando estos trastornos se remedian a tiempo, puede no pasar la cosa a mayores; pero si no es así, los desarreglos podrán agra-

(1) En el volumen VII de estos TEMAS, titulado *Deleites sensuales*, el autor analiza detenidamente cuáles son los trastornos producidos por el abuso de los placeres sexuales normales.—*(Nota del editor.)*

varse, traduciéndose en las manifestaciones que ya estudiaremos oportunamente.

Otra cuestión importantísima es la que se refiere a la oportunidad de realizar los contactos sexuales, según la distribución del día.

Para un matrimonio o una pareja de amantes jóvenes cuyo ardor sexual está a tono con su juventud, con su pasión y con el prestigio de la novedad, cualquier hora, cualquier sitio y cualquier forma se les antojarán buenos para satisfacer sus naturalísimos anhelos de amarse... a todas horas. Pero es que no sólo todas no son buenas, sino que algunas pueden ser fatales. De esto pudieran hablar con sensible elocuencia muchos médicos legistas.

Pero, antes de nada, veamos lo que mi eminente maestro Havelock Ellis dice acerca de esa "oportunidad" para el acto sexual, pero desde el punto de vista anímico de dicha práctica: "La vergüenza que ahora acompaña al acto sexual, convirtiéndole en acto casi deshonroso, es, sin duda, causa de que entre los pueblos civilizados se lleve a cabo casi siempre en la oscuridad de la noche, en habitaciones ahogadas, cuando a la fatiga de los trabajos y tareas del día se une la estimulación artificiosa producida por manjares pesados y bebidas alcohólicas. Todo esto es, sin duda alguna, causa de que las mujeres miren con indiferencia, y a veces con repugnancia, el acto supremo de la vida sexual.

"Los pueblos primitivos obraban, por lo general, más cuerdamente. Si bien es justo reconocer que la costumbre de verificar el acto sexual en la oscuridad es anterior al cristianismo y está relacionado con antiquísimas teorías y tradiciones religiosas. (Cf. Hesiod, *Trabajos y Dios*, libro II.) Los papúes de la Nueva Guinea, en la Bahía de Astrolabe, llevan siempre a cabo el acto carnal al aire libre. Las hacendosas mujeres de las islas Gebvuka y Buru se acuestan demasiado cansadas para desear el coito por la noche; éste se efectúa, pues, de día, bajo los árboles. Los isleños de Serag también le llevan a cabo de día y en los bosques. (Ploss y Bartels.) (Lámina VIII.)

"Claro está—prosigue—que sería completamente imposible seguir el ejemplo de estas gentes en las ciudades modernas, aun cuando el clima y las costumbres lo permitieran. Es además indiscutible que el acto carnal debe ser seguido por un rato de reposo absoluto, y también que la madrugada o la mañana son preferibles a la noche. La concepción debe tener lugar con la luz del día, dijo Michelet; "el comercio carnal llevado a cabo de noche es sencillamente un acto cometido con un ani-

mal hembra, pero la unión carnal afectuada de día constituye una unión amorosa con una persona."

Universalmente ha sido reconocida la verdad y trascendencia de esta afirmación. Los griegos, según dice Aristófanes en su *Archarnians*, consideraban que el amanecer era el tiempo apropiado para consumar el acto carnal. Los eslavos creen también que la madrugada es la hora indicada para el coito, y muchas autoridades modernas opinan que el coito debe efectuarse por la mañana. Las horas de la mañana, dijo Roubaud, son las más apropiadas para efectuar el coito, pues aun cuando el deseo sea más vehemente de noche, el goce es mayor por la mañana.

Osiander recomendaba también que se llevara a cabo el coito en la madrugada, y Venette, un siglo antes que este último, al discutir acerca de la hora más conveniente para que "un hombre abrace amorosamente a su mujer", opina que, aun cuando cada cual debe seguir su inclinación, "una mujer hermosa está más bella con la luz del día que con la luz artificial".

Algunas personas, como Burdach, han aceptado la costumbre del coito norturno, y Busch decía que, a su juicio, la oscuridad de la noche era conveniente y "natural"; en cambio, Fürbringer cree que la madrugada es, "a veces", la mejor hora del día para el acto carnal ya mencionado.

Hay quienes atribuyen una gran importancia a que se practique el acto sexual de día y al aire libre, revistiendo dicho acto de la solemnidad de una ceremonia religiosa. El aludido tratadista inglés cita a este propósito un párrafo de una comunicación que le transmite un corresponsal de Australia: "Este acto vergonzoso, que no puede ser mencionado ni efectuado más que en la oscuridad de la noche, llegará a ser algún día la única ceremonia religiosa de la raza humana, y se celebrará en las primaveras. (Oh, qué primaveras.) Las gentes, que serán entonces muy sabias, bien educadas y aristócratas (todas aristócratas), se opondrán a todos los ritos y supersticiones, pues poseerán un perfecto conocimiento de su pasado. La coición de los amantes en la primavera será la ceremonia religiosa que entonces se celebrará. Veo como una visión la santa escena, harto bella para ser descrita. La unión de los sexos, soñada por mí, es demasiado hermosa, demasiado delicada para ser narrada.

"En verdad—prosigue—, la belleza, la dicha y el amor humano llegarán a su apogeo en los días inaugurales del acoplamiento primaveral. Cuando el mundo se convierta en un Paraíso, la unión de los amantes jóvenes y bellos se celebrará en determinados puntos de los valles sagrados, ante las multitudes congregadas para presenciar el espectáculo. Durante días enteros se celebrará dicha unión en los valles santos, y el sol tenderá sus rayos dorados sobre sus sueños y voces apasionadas, sobre formas humanas entrelazadas, sobre las aguas y sobre las flores, el violado y el oro del sol quedarán reflejados en los montes, cubiertos de pensamientos (no sé si el autor recordaba, al decir esto, la frase de George Chapman: "Pensamientos esmaltados que adornan los esponsales") reflejados también en las carnes humanas y en el cabello humano. En estos valles sagrados, el sutil perfume de los pensamientos se unirá a la divina fragancia de los cuerpos desnudos de los jóvenes en su bello acoplamiento primaveral. Ni usted ni yo lo veremos, ciertamente; pero debemos contribuir a su realización." Esta rapsodia (que es una repetición inconsciente de la de Saint-Lambert, comiendo en casa de Mlle. Quinault, en el siglo XVIII) sirve para demostrar la revolución que tiende a verificarse en el mundo contra la artificiosa y humillante degradación del acto sexual.

"En algunas partes del mundo ha parecido natural y apropiado que un acto tan importante y trascendental como el del coito estuviera consagrado a una deidad, y de ahí nació la costumbre de orar antes de llevar a cabo el acto carnal."

El hombre civilizado, sin embargo, considera a su estomágo como el primero y más importante de sus órganos, y pronuncia una acción de gracias por la comida, no por el amor; por eso es tan difícil encontrar en Europa vestigios de ritos sagrados que demuestren el sentimiento religioso que se concedía al coito en otros tiempos. "Entre los españoles—dice Havelock Ellis—, acérrimos partidarios del ritual, podemos trazar ligeras huellas de dichos ritos, en la solemne etiqueta que se guardaba en el siglo XVII, y según la cual, según cuenta madame d'Aulnay, era costumbre que el rey entrara en la alcoba de la reina "con las zapatillas puestas, un manto negro cubriendo sus hombros, su escudo en un brazo y en el otro una botella atada con un cordón (esta botella no era para beber, sino para un objeto completamente opuesto, que ya podéis adivinar). Además de todo esto, el rey lleva su espada en una mano y una linterna en la otra, y de este modo debe entrar sólo en la alcoba de la reina."

No parece que los tratadistas se ocupan de la oportunidad del acto sexual con relación al estado del estómago, o, mejor dicho, de los alimentos ingeridos. Es cierto que una comida fuerte y abundantemente regada predispone tanto a la mujer como al hombre para los pla-

ceres sexuales, pero está suficientemente demostrado que el hecho de realizar el acto en plena digestión puede traer resultados fatales, más en el hombre que en la mujer, puesto que la detumescencia en esta última se opera con más lentitud que en el hombre. Lo más frecuente es la presencia de trastornos gástricos, mareos y vómitos, que pueden presentarse al poco tiempo de efectuarse el coito.

LAS RELACIONES SEXUALES Y LOS ESTADOS DE LA MUJER

Peligros y pecados durante la menstruación.—Motivo psíquico.—Superstición y falta de aseo.—Razones estéticas.—Inoportunidad del deseo.—Enfermedades.—El coito durante el embarazo.—La opinión teológica.—Diversas creencias.—Continúa el desacuerdo.—El tocólogo, árbitro.—Ventajas de la civilización.—Los tratadistas modernos.—Precauciones obligadas.—El coito después del parto.—Traumatismos mortales.—Período de cicatrización. Una creencia errónea.

Vamos a estudiar, por último, lo que concierne a las relaciones sexuales normales con relación a los estados de la mujer, tales como la menstruación, el embarazo y el puerperio.

En el primer aspecto las discusiones en que se han empeñado los fisiólogos han sido tan amplias como estériles, puesto que lo que a uno le parece bueno, a otro le obliga a proscribirlo.

Existe la creencia, especialmente entre las personas de bajo nivel cultural, que los contactos sexuales con una mujer menstruante pueden irrogar al varón males muy graves, y hasta hacerle incurrir a ella en pecado mortal. Pero, en realidad, esta especie de prohibición ha sido alentada por la mujer por una razón que pudiéramos llamar estética, pues aun suponiendo que ella desee el coito, siente a la vez cierta repugnancia a que se realice el acto, opinión de la que algunas veces puede participar el marido. En efecto, tal razón no deja de ser poderosa ya que se basa en un motivo psíquico, cual es el del temor de producir asco al marido, lo que, como dijimos en otra ocasión, representa una de las más destacadas expresiones del pudor femenino.

Además, hay que advertir que el origen fundamental de esa razón estética es, en algunos casos, tal vez los más abundantes, la superstición reinante entre las mujeres de que es muy nocivo para la salud lavarse los genitales durante el período menstrual.

razo? Esta pregunta, como numerosísimas más hechas en el terreno de la función sexual, no ha podido ser contestada categóricamente por nadie en absoluto. Las teorías, las opiniones, los ensayos y las experiencias de unos y otros no han podido arrojar una luz diáfana sobre la cuestión, y el problema, desde que el mundo es mundo, sigue sin resolver.

No podemos invocar las razones aducidas por los teólogos, en gracia a su ignorancia, su intransigencia o su sectaria interpretación de la moral, que se estrellan, preferentemente, contra la cuestión sexual. Además, los teólogos han sido siempre hombres, y si analizasen el asunto desde su punto de vista y de una manera práctica, habrían evidenciado su falta de castidad, ¿no es eso?... Y como tampoco hemos conocido mujeres *teólogas*, y, de haberlas habido, tampoco pudieran haberse referido al asunto basando sus doctrinas en la pericia experimental, he ahí la razón de negar en absoluto la más mínima beligerancia a estas gentes de orientación sexual aparentemente—hipócritamente—deformada...

San Clemente de Alejandría dice que "una vez sembrado el campo, debe respetarse hasta la época de la cosecha". Pero el símil es brutal. No obstante, nunca, por regla general, los teólogos cristianos se opusieron al comercio de los sexos durante el estado de preñez de la mujer de una manera terminante: a lo sumo lo refutaban de pecado venial, siempre que ello no provocase el aborto. Los protestantes, en cambio, no se oponen a las relaciones sexuales hallándose la mujer en tal estado.

Pero si desechamos esas consideraciones, hemos de admitir el ejemplo que nos dan las especies zoológicas inferiores, ya que, comúnmente, cuando una hembra se siente fecundada, rechaza enérgicamente los anhelos sexuales del macho y no concede al galanteo la menor importancia.

No hemos de desdeñar tampoco lo que a este respecto opinan los pueblos salvajes, más aproximados a los primitivos tiempos de la Humanidad. Pero cabe dudar si la prohibición impuesta—abstinencia que se extiende, en algunos pueblos, a los dos sexos—tiene sus orígenes en el instinto o es la imposición derivada del predominio de las leyes litúrgicas, cuyo fundamento esencial es la superstición. La más arraigada era la creencia de que el semen era capaz de matar al feto.

En Loango, por ejemplo, la prohibición de la cópula es tan radical, que si los cónyuges la ejecutan son condenados a muerte.

En el Japón, país que he tenido ocasión de estudiar detenidamente

con relación a la sexualidad, se sostiene la convicción de que las presiones ejercidas durante el coito sobre el vientre de la mujer embarazada son bastante para cambiar la posición normal del feto en el útero y hacer estallar la bolsa amniótica, con lo que el aborto es inevitable. Y no hay que negarles razón. Es una creencia que impera hasta en los pueblos más apartados de los centros de cultura, y su origen se pierde en la noche de los siglos.

El Korán lo prohibe durante el embarazo y la lactancia. Por el contrario, entre los judíos está permitido hasta los quince días antes del parto, puesto que creen que el semen es un elemento importantísimo para la mejor nutrición del feto, que sin este recurso nacería raquítico o mal formado.

Desde luego, todas las prohibiciones, ese imperio de la abstinencia, no tiene otro punto de apoyo que las razones físicas, muy atendibles. En el terreno psíquico, las emociones sexuales de la embarazada, por muy intensas que sean, no influyen para nada en la vitalidad del feto. Los freudianos nos quieren demostrar lo contrario, hablando de las emociones que el feto puede experimentar en su sexualidad durante la vida intrauterina. Por lo demás, no conocemos a ningún freudiano que tenga noción de sus recuerdos eróticos durante los nueve meses de estancia en el vientre de su madre.

Pero no sólo son los pueblos salvajes, en relación con los civilizados, los que manifiestan tan sensible desacuerdo: son también muy notables fisiólogos quienes se esfuerzan en exponer tesis diametralmente opuestas. Unos, los prohiben; otros, lo recomiendan; los más, permanecen en una postura ecléctica, que es, a mi modo de ver, no sólo la más cómoda, sino también la más justa.

Las discusiones no han hecho más que aumentar la confusión de los cónyuges a este respecto, si bien es cierto que cuando se trata de amantes apasionados, bien poca mella pueden hacer las prescripciones en uno o en otro sentido.

Si hemos de convenir en que la erótica es lo que más abona en pro de la felicidad sexual de los cónyuges, en el instante en que una mujer quede embarazada ya habría que suprimir los contactos carnales. Esto es, nueve meses de gestación y dos de puerperio, ¿hay hombre o mujer que puedan resistirlo sin que se resientan los cimientos de la armonía conyugal?... Además, a la inversa de los demás animales, la mujer, por regla general, suele sentir más deseo carnal durante su embarazo que fuera de él; o sea lo mismo que mientras dura el período catamenial, que es considerado como otro de los momentos inadecua-

dos para el coito. Por lo tanto, hay que considerar moral y legítimo el contacto siempre, eso sí, que se realice en forma que el feto no pueda sufrir esos peligros de que hablábamos al referirnos a la antiquísima tradición japonesa (1).

Resumiendo las opiniones, sólo el tocólogo podrá autorizar o prohibir las relaciones a los cónyuges o recomendarlas con gran prudencia, según los casos. La perturbación producida por el coito, o, mejor dicho, *por su mecanismo,* puede originar, en los primeros meses del embarazo, ciertas deformaciones en el feto. Esto no es afirmarlo, sino suponerlo. Tal peligro parece reducirse a medida que avanza la gestación, ya que todas las envolturas fetales constituyen una protección más resistente; pero llegados los dos últimos meses, nos encontramos con idénticos inconvenientes, ya que una presión excesiva sobre el vientre materno es capaz de provocar el parto prematuro. Las primíparas o *primerizas,* están más expuestas a estos accidentes que las que ya han tenido uno o más hijos.

Un tratadista dice que a medida que los hombres han ido saliendo de la barbarie para entrar en la civilización, el instinto animal de rehusar los placeres sexuales después del embarazo, ha desaparecido por completo en las mujeres, mientras que, al mismo tiempo, los dos sexos manifiestan la tendencia a suprimir todas aquellas restricciones rituales que en períodos lejanos eran como una resultante del instinto mismo. La relación sexual, por consiguiente, se practica hoy luego del embarazo, lo mismo exactamente que antes de él; forma parte de los "derechos conyugales", aunque algunas veces se haya presentado una ligera y tenue sospecha reflejada en la vacilante actitud de la Iglesia católica, que ha insinuado en más de una ocasión que tal relación sexual era permitida por una censurable y pecaminosa indulgencia. Por otra parte, también ese concepto exagerado de la moral sexual dió origen a que la moral natural justificase esta indulgencia.

Se arguye que si el esposo se ve impedido de practicar el comercio carnal durante este tiempo, buscará extramatrimonialmente este comercio, hecho que en algunas partes del mundo está considerado y reconocido como legítimo. Ahora bien: el interés de la mujer, ansiosa de conservar la fidelidad de su marido y los intereses de la

(1) Véase el volumen VII, titulado *Deleites sensuales*; se indican cuáles son las posturas para el acto sexual, teniendo en cuenta el estado de embarazo.—*(Nota del editor.)*

moral cristiana decidida defensora de la monogamia, hacen que se permita el coito durante el embarazo.

Acerca de esta costumbre un célebre fisiólogo dice que su arraigo principal está en el hecho de que en las mujeres civilizadas, el coito durante el embarazo no es menos agradable que en las demás épocas, y aun en algunas es más agradable en este período que en cualquier otro. Otra de las razones que abonan esta tendencia es la existencia de parejas que toman toda clase de precauciones contra la concepción, por lo que esta relación carnal puede efectuarse impunemente.

Pinard, la mayor autoridad en Puericultura, afirma que debe cesar por completo toda relación sexual durante el embarazo, y Féré era de opinión de que las relaciones carnales durante el embarazo, especialmente cuando se efectuaban con frecuencia, eran una de las causas primordiales de los desarreglos nerviosos de los niños de herencia sana y fuerte y libres de toda infección durante su desarrollo. Bouchacourt trata detenidamente este punto y cree que la relación carnal durante el embarazo debe restringirse lo más posible. Fürbringer recomienda la abstinencia en el sexto y séptimo mes, y durante todo el embarazo, cuando se noten tendencias a abortar; y de todos modos, y en todo caso, debe efectuarse el acto con delicadeza y precaución.

Recapitulando, podremos decir que la respuesta a la pregunta que encabeza esta parte del tema solo pueden darla los mismos cónyuges, y especialmente el marido, parte que las costumbres han considerado "activa" en el comercio sexual. Pero es que tal actividad puede reducirse o, al menos, modificarse en el sentido de practicar el acto de forma tal que ello suponga el máximo de garantías para la gestante.

Realizar el coito según la manera clásica no es la conducta más prudente, ni muchísimo menos. La mujer, por su parte, debe prescindir por completo de efectuar movimientos rápidos o enérgicos, y el hombre, en los primeros meses, cuando el volumen del vientre no es aún un impedimento notable, procurará no apoyarse sobre su compañera.

El acto tampoco se realizará sobre un lecho demasiado duro, porque entonces se corre el gravísimo riesgo de hacer estallar, literalmente, la bolsa amniótica y producir en su consecuencia el aborto. Un lecho blando y muelle atenúa notablemente esos riesgos, puesto que la comprensión del vientre de la mujer por el peso de su compañero, queda disminuída y no es tan apreciable.

La postura lateral, o sea el hombre acostado sobre el costado

izquierdo y la mujer sobre el derecho, disminuye el volumen de contratiempo. Cualquiera, no siendo la normal, es buena en estas ocasiones, puesto que todo se reduce a no oprimir el vientre de la embarazada.

Es necesario desechar todas las posturas que impliquen una profunda penetración del pene, o, mejor dicho, siempre deberá procurarse que el miembro viril no penetre demasiado, pues dada la vulnerabilidad de los tejidos del órgano femenino, especialmente el útero, hipertrofiados y blandos, los desgarros o lesiones que en otra ocasión sólo tendrían escasa importancia, partiendo de la base de una higiene completa, en ésta habrían de ser verdaderamente graves, pues hasta pudiera sobrevenir a la gestante una hemorragia mortal.

Mi maestro, el eminente sexólogo doctor Hugo Río Janeiro, ha registrado numerosos casos de esta naturaleza, especialmente entre los meses tercero y quinto del embarazo. Refiere que entre los musulmanes de Marruecos, que ha estudiado detenidamente, y supone que entre el resto de los hombres de aquellos pueblos donde la práctica religiosa de la circuncisión se efectúa en los primeros días de la vida, lo que produce un vigoroso desarrollo del pene, no tiene nada de particular que la práctica abusiva del coito, hallándose la mujer en estado de embarazo, produzca esos graves trastornos que tienen su explicación en la presión y los traumatismos operados por el órgano viril sobre el cuello del útero. El coito anal, a que tan aficionados son los musulmanes, trae también estos resultados funestos, puesto que el traumatismo es, si cabe, más violento que por el conducto vaginal.

En cuanto a las mismas relaciones después del parto, he de mostrarme más exigente, puesto que ya es posible atenerse a circunstancias fisiológicas verdaderamente invariables. El puerperio, que, según entiende el vulgo, no dura más de dos semanas, estimo que debe entenderse por un mes, o más aún, ya que el tiempo que precisan los genitales femeninos para su involución no es más corto de seis semanas.

Hay que tener en cuenta que las lesiones producidas por el parto en el útero, la vagina y la vulva tardan en cicatrizar bastante, y, por lo tanto, someter los órganos lesionados a los efectos de una función mecánica como la que el coito implica, equivale a impedir su total y rápida cicatrización, que puede complicarse con muy posibles infecciones por la presencia de gérmenes nocivos depositados en ellas.

El período de cicatrización no es igual para todas las naturalezas.

Por lo tanto, sólo el médico o la puérpera, si es inteligente, pueden resolver cuál debe ser la fecha en que el coito volverá a practicarse sin estos peligros.

Entiendo que a la tercera semana del parto, por regla general, siempre que la mujer esté sana y siempre también que los cónyuges se atengan a las reglas higiénicas de que ya hemos hablado, no hay inconveniente en reanudar los contactos carnales paulatinamente, hasta alcanzar la frecuencia normal.

Por último, hemos de asegurar que es absolutamente incierta la vulgarísima y difundida creencia de que el coito practicado con alguna frecuencia durante la lactación reduce las cualidades de la leche, o, también, puede producir su retirada. Nada más alejado de la realidad ni nada, por otra parte, más invocado por la mujer que cría para fundamentar su negativa de acceder a los requerimientos sexuales de su esposo.

Hemos analizado en el presente TEMA las circunstancias físicas y psicológicas más destacadas de la vida sexual. En los siguientes, estudiaremos las diversas fases de la sexualidad en sus aspectos normales, deteniéndonos en el análisis de cada una de las particularidades o incógnitas de este verdadero problema, tan complejo, tan sugestivo y tan discutido en todas las épocas, en todos los pueblos y hasta por todos los seres humanos que han sentido agitarse su alma y su carne en las inquietudes del amor, como el más bello misterio de la existencia, y el más fuerte acicate de todas las actividades vitales de la especie.

INDICE

Páginas.

PROLOGO DEL TEMA..... 5

HIGIENE SEXUAL

Sensaciones visuales y olfativas.—Olores más importantes.—Su influencia como estimulante sexual.—Un caso.—Atracción y repulsión.—La secreción menstrual.—Estética.—Higiene de los genitales.—Influencia de las religiones en el culto de la piel.—Purezas antagónicas.—Actitud del cristianismo.—Los musulmanes.—El ejemplo de las prostitutas.—El ideal abisinio 7

HIGIENE PSICOLOGICA

Aclaración.—Concepto de la unión sexual.—¿Erótica o sucesión?—Teoría y práctica.—Hablan los filósofos.—Las cuatro clases de enamorados.—Diferenciación del amor.—Los idealistas.—Románticos o equivocados.—La mujer, no comprende...—Su pasividad aparente.—El gran abismo.—Energía sexual.—Peligros.—Dos adagios.—El espíritu como base.—La belleza física no es fuente de amor inagotable..... 17

LOS FUNDAMENTOS DEL AMOR Y EL ODIO

¿Adónde vamos?—Atracción sexual.—El cendal que cae.—Castos y "calaveras".—La mujer no expresa sus necesidades.—Orígenes de la aversión.—Métodos distintos.—Falsa modestia.—El mayor responsable.—Miedo a la fecundación.—Siempre el mismo resultado.—Aversión localizada.—Odio matrimonial y pasión sexual.—Lo que las mujeres no perdonan.—Esposas de médicos.—La nave que naufraga..... 31

LOS CELOS

Definición.—Celos infundados.—Factores determinantes.—Finalidad de los celos.—Lo que la mujer persigue. — La eterna canción.—Procedimientos. — De la

Págin

sospecha a la realidad.—Las absorbentes.—La histérica.—Celos de hombre.—Origen instintivo de los celos.—Los animales.—Papel social.—Herencia de animalidad.—Infiernos de odio.—Incompatibilidad con la civilización 45

LA EDUCACION CULPABLE

Desilución y repugnancia.—De la poesía a la prosa.—La ignorancia de la mujer.—El entrenamiento del hombre.—Lo que ellas no confiesan.—Malos iniciadores.—Las que sufren en silenció.— Castos y puros.—Educación "sexófoba".—Lo que ellas no perdonan.—Ignorancia absoluta.—El matrimonio estéril.—Los límites de la virtud y el vicio.—Actitud perniciosa de las religiones.—El pecado de la carne..... 57

RELACIONES SEXUALES

Frecuencia. — Imposibilidad de establecer reglas.—Bases de equilibrio.—Límites de variación.—Fórmulas empíricas.—Diferencia de las necesidades.—Los tratadistas y las leyes antiguas.—Opiniones modernas.—¿Dónde está el exceso?.—Estímulos psíquicos.—Veintisiete orgasmos en hora y cuarto.—La virilidad del caballero Olivier.—El atleta japonés.—El freno natural.—¿De día o de noche? Consideraciones.—Sexualidad futura.—Los monarcas españoles 69

LAS RELACIONES SEXUALES Y LOS ESTADOS DE LA MUJER

Peligros y pecados durante la menstruación.—Motivo psíquico.—Superstición y falta de aseo.—Razones estéticas.—Inoportunidad del deseo.—Enfermedades.—El coito durante el embarazo.—La opinión teológica.—Diversas creencias.—Continúa el desacuerdo.—El tecólogo, árbitro.—Ventajas de la civilización.—Los tratadistas modernos.—Precauciones obligadas.—El coito después del parto.—Traumatismos mortales.—Período de cicatrización. Una creencia errónea..... 81

PAUTA DE LAMINAS

Página s

LAMINA I

El baño..... 16

LAMINA II

Dama romana después del baño..... 17

LAMINA III

Prostituta marroquí..... 32

LAMINA IV

"Cocotte" parisién..... 33

LAMINA V

El dulce letargo..... 48

LAMINA VI

Don Juan Tenorio..... 49

LAMINA VII

Atleta japonés..... 64

LAMINA VIII

Isleñas de Serag..... 65